
HARLEQUIN
Deseo
Magnate busca esposa
Paula Roe

Magnate busca esposa (2009)

Título Original: The magnate's baby promise (2009) **Editorial:** Harlequin Ibérica

Sello Colección: Deseo 1682

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Cal Prescott y Ava Reilly

Argumento:

¿Conseguir una esposa o perder su empresa?

Para Cal Prescott, un multimillonario hombre de negocios, estaba claro que se casaría y tendría el heredero que necesitaba. Y no necesitaría buscar demasiado lejos para encontrar a la mujer adecuada, porque la aventura de una noche que había tenido con Ava Reilly lo había dejado fuera de sus sentidos y, a ella, embarazada.

La desesperación hizo que Ava aceptara casarse sin amor. Deseaba conservar sus tierras tanto como Cal su empresa, y ambos querían a su futuro hijo. Eso tenía que ser suficiente para construir un matrimonio. Eso, y la ardiente pasión que esperaban reavivar.

Capítulo Uno

«Es mi empresa. Mía».

Cal Prescott repitió aquellas palabras como un mantra hasta que, después de gemir con frustración, dio un golpe en la mesa con ambas manos y se levantó.

Victor no sólo había enfrentado a sus hijos utilizando VP Tech, sino que además les había pedido un heredero. Cal tomó aire y se giró para estudiar la vista panorámica del muelle circular y del jardín botánico de Sidney, que tenía debajo, y el puente del puerto. Hacía una mañana soleada, algo poco habitual en el mes de junio, pero ni siquiera eso podía hacer disminuir su ira. La característica franqueza de Victor todavía le revolvía el estómago.

—Ambos debéis casaros y tener un heredero. El primero que lo consiga se llevará la empresa —había dicho su padre.

Zac, su hermanastro, no se merecía VP Tech. También era hijo de Victor, sí, pero les había dado la espalda hacía años mientras que él, que era mayor, siempre había, apoyado a la familia y había trabajado muchas horas hasta que el año anterior había conseguido que su *software One-Click* fuese el más vendido en Australia.

Cal Prescott no se rendía. Nunca. Había invertido todo su tiempo, todo su esfuerzo, en la empresa de su padrastro. Y no iba a permitir que se le escapase de las manos a esas alturas.

Cruzó el despacho en un par de zancadas y se detuvo delante de un panel, apretó un botón e hizo aparecer un bar bien provisto. Se sirvió una copa de *whisky*.

Llevaba tanto tiempo deseando hacer dinero, poniéndose a prueba, que casi no recordaba haber vivido para otra cosa. Con cada millón que había ganado, con cada contrato que había cerrado, había creído ver orgullo en los ojos de Victor. Era evidente que era lo suficientemente bueno para ganar millones, pero no para ser un Prescott ni para heredar VP Tech sin más.

Sintió resentimiento, algo poco habitual en él. Victor ni siquiera le había dado una explicación. Se había limitado a dar el ultimátum y después se había marchado de viaje de negocios.

Sonó el teléfono y Cal se sentó para responder.

—Me gustaría que conocieses a una mujer —le dijo Victor sin más preámbulos.

«Hablando de Roma…», pensó él.

—Has vuelto.

—Sí. ¿Te acuerdas de Miles Jasper, el cirujano cardiovascular?

—No.

Victor hizo caso omiso de su respuesta y continuó: —Tiene una

hija de veintisiete años. Es rubia, atractiva y…

—Me da igual, como si es Miss Universo —replicó Cal—. No soy un semental al que subastar. Tal vez haya aceptado tus condiciones, pero seré yo quien escoja a mi mujer —dicho aquello, colgó con brusquedad.

Después de unos segundos, tomó aire, sacó un sobre sellado del cajón del escritorio y lo dejó encima de él con meticuloso cuidado.

Gracias a un detective local y a un taxista muy amable, por fin podía empezar a controlar su obsesión por la esquiva Ava Reilly.

Llevaba nueve semanas negándose a pensar en ella, ni en aquella maravillosa noche. La había sacado de su mente con la eficacia por la que se lo conocía, pero en esos momentos, mientras recordaba su casual encuentro, se sintió desfallecer.

Recordó sus piernas largas, el pelo suave y moreno y los ojos azules. Tenía nombre de estrella de cine, un nombre que evocaba a una mujer con porte y elegancia. Con presencia.

Aquella mujer se había vuelto parte de su ser e irrumpía en sus pensamientos en los momentos más extraños: cuando estaba reunido, con clientes. Lo más duro eran las mañanas, antes de que amaneciese. Se había despertado una y otra vez de un sueño erótico en el que se besaban, él le recorría el pecho con los labios y acariciaba su piel caliente y sedosa. Y luego se despertaba frustrado y dolorido de deseo.

Se había decidido a olvidarla, a olvidar lo que había sido una aventura de una noche. Y su deseo se había hecho realidad tres días antes. Hacía tres días que su padrastro le había dado el ultimátum. Hacía tres días que sólo pensaba en VP Tech y oscilaba entre la ira y la tensión.

Abrió el sobre y le echó un vistazo al informe.

Después de demasiadas noches sin dormir y demasiados días sin centrarse, había pasado a la acción. Se armó de valor para que la realidad superase a la fantasía.

Tenía que casarse, o prometerse. Sus pensamientos se ensombrecieron. Tal vez él hubiese sido su última aventura antes de que Ava decidiese casarse con su novio de la infancia…

Leyó rápidamente los párrafos de texto y arqueó las cejas. Ava Reilly tenía un *bed-and-breakfast* en una zona rural de Nueva Gales del Sur.

Agarró el ratón del ordenador, entró en *Internet* y buscó «refugio Jindalee».

Unos segundos más tarde tenía delante su página web. No era de extrañar que Ava Reilly estuviese tan endeudada. La casa se

encontraba en un pueblo desconocido y sin interés de tan sólo quinientos habitantes.

Volvió a mirar el informe y leyó sus actividades semanales. Tenía que reconocer que el detective era concienzudo.

Embarazada aproximadamente de ocho semanas.

—¿Qué demonios es esto?

De repente, sintió que la oficina menguaba a su alrededor, que le faltaba el aire.

Apretó el papel con la mano y atravesó su despacho para dar un puñetazo a la pared.

«No, no es posible. Otra vez, no».

Tomó aire, tenía todos los músculos del cuerpo en tensión. Ya le había sucedido en una ocasión. Un bebé. Su bebé. Un hijo que podía haber seguido sus pasos, un hijo al que criar y querer. Al que transmitir su riqueza y su experiencia y con el que asegurarse de que no se repetiría su pasado. Se había sentido eufórico cuando Melissa se lo había dicho. Y vulnerable.

Estúpido.

Pero había fracasado en todo y se había jurado no volver a cometer el mismo error.

Pero aquello… aquello lo cambiaba todo.

Apretó la mandíbula. Después de hacer el amor apasionadamente con él, Ava se había marchado corriendo, cuando todavía era de noche, como una ladrona. Si no hubiese sido porque se había encontrado unas braguitas negras entre las sábanas, podía haber creído que había sido sólo un delicioso sueño erótico.

Los pensamientos se le escaparon de las manos, alimentados por los tórridos recuerdos. Al rememorar cada suspiro, cada caricia, lo asaltó algo más siniestro, la duda de si había sido un encuentro fortuito o deliberado. ¿Y si todo había sido parte de un plan para chantajearlo?

Su risa retumbó en la silenciosa habitación. Si el niño era suyo, podía ser la solución a todos sus problemas.

Dejó la copa de *whisky* dando un golpe y descolgó el teléfono.

—Jenny, prepárame un coche y llama al aeropuerto, quiero despegar en una hora.

Colgó muy despacio y se puso en pie.

—Mi hijo —murmuró.

Sintió una intensa sensación de posesión que casi hizo que le faltase el aire. Si Ava pensaba que iba a darle dinero y desaparecer

de su vida, estaba muy equivocada. Cada día de su vida, siempre que lograba algo, tenía muy presente quién era y de dónde procedía. Y ninguna seductora de piernas largas y melena morena pondría en peligro sus creencias.

Atormentada y preocupada, Ava se dio cuenta de que tenía que hacer frente a los hechos: Jindalee era un pozo sin fondo en el que se perdía todo su dinero y no había modo de evitarlo.

Suspiró y miró las notificaciones que tenía delante de ella, encima de la mesa de la cocina. Se tocó de manera ausente el mechón de pelo que se le había escapado de la coleta. Había estado segura de que muchas personas querrían aprovechar la oportunidad de descansar en una zona rural en la que poder desconectar de todo y por eso había invertido el dinero del seguro de sus padres en el negocio. Había convertido su casa en una recepción y en un comedor, había hecho construir cinco cabañas y había cambiado la cocina.

Todo para acentuar su espectacular caída.

Las habitaciones estaban vacías la mayoría de los fines de semana y ella no tenía ni la experiencia ni el dinero necesarios para seguir haciendo publicidad del negocio. Además, estaba decidida a hacer caso omiso de los rumores locales, que seguirían centrándose en aquello hasta que empezase a notársele la tripa. Entonces, pasarían a hablar de su embarazo.

Se levantó con las mejillas sonrojadas, se frotó la espalda dolorida y respiró hondo. Luego, puso una mano en su vientre todavía plano.

Un bebé. Su bebé.

Respiró entrecortadamente. Intentó tragar saliva, pero las lágrimas le inundaban los ojos. Se las limpió enseguida. No había sido su intención tener una aventura de una noche, pero aquel extraño le había llamado la atención nada más sentarse a su lado en el Blu Horizon, el exclusivo bar del Hotel Shangri-La de Sidney.

Era un hombre que irradiaba confianza y riqueza, tanto por su traje negro hecho a medida como por su impecable corte de pelo. No obstante, había visto en él algo más, una cierta vulnerabilidad debajo de aquel rostro cincelado, todo de ángulos y sombras.

Se había enterado de la identidad del hombre que le había cambiado la vida cuando había vuelto a casa de su amiga a las dos de la madrugada. Era el creador de *One-Click*, el heredero del imperio tecnológico del gran Victor Prescott. El *software* de Cal

Prescott acababa de convertirse en el número uno en ventas nacionales. Hasta ella acababa de programar en su ordenador la última versión.

Resopló al pensar en aquella ironía. Cal Prescott era uno de los hombres más ricos de menos de treinta y cinco años, un hombre que solía salir con modelos y mujeres de la alta sociedad y que evitaba compromisos emocionales. Si trabajar muchas horas y mantenerse soltero hubiese sido un deporte olímpico, él habría tenido un armario lleno de medallas de oro.

«Hiciste bien en marcharte». Había sido una decisión inteligente. La decisión correcta. No obstante, todavía le carcomía una pequeña duda. ¿Cómo iba a criar a un hijo llena de deudas y con la posibilidad de quedarse incluso sin casa?

Había oscilado entre la más absoluta felicidad y la mayor desesperación un millón de veces en la última semana. Y siempre terminaba dándose cuenta de lo mismo: de que había sido el destino. A pesar de todo, aquel niño tenía que nacer.

«Ava Rose, la vida nunca te planteará ninguna dificultad que no puedas superar», recordó las palabras de su madre con una sonrisa en los labios antes de verse invadida por el sentimiento de pérdida. La muerte y la tragedia no la habían vencido en el pasado, así que tampoco iba a hacerlo una nueva vida.

Recogió los papeles que tenía en la mesa. Se había terminado la hora de regodearse en sus problemas. Era el momento de pasar a la acción y de volver a controlar su vida.

—Veo que estás haciendo papeleo.

Ava se dio la vuelta al oír aquella voz tan deliciosa. Una milésima de segundo más tarde, se le caía el estómago a los pies.

Cal Prescott estaba en la puerta, vestido con un traje gris oscuro y con los ojos brillantes. Unos ojos que la habían mirado de manera apasionada una noche y que, en esos momentos, eran tan fríos y distantes que Ava se preguntó si había soñado con que habían estado juntos en Sidney dos meses antes.

Intentó no recordar aquello y abrió la boca para saludarlo: —Cal.

—Ava —contestó él. Su tono de voz también era frío.

Estaba sola con Cal Prescott. Otra vez.

Sintió que el aire se volvía espeso, casi irrespirable. Y sintió calor entre las piernas. Contuvo un gemido.

—¿Qué…? —empezó, y se aclaró la garganta—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Él sonrió, pero no dijo nada. Ava se preparó para oír sus

palabras y soportó el escrutinio de su mirada hasta que decidió meterse las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

Cal rió con tanto desdén que la hizo retroceder un paso.

—¿Estás esperando un hijo mío?

Ava se agarró al borde de la encimera para soportar el golpe. ¿Cómo podía saberlo? Ella casi no había tenido tiempo de hacerse a la idea. Había comprado una prueba de embarazo en Parkes y luego había ido a la clínica. No se lo había contado a nadie, ni siquiera a tía Jillian.

Abrió la boca, pero no dijo nada. Se quedó allí quieta y callada, como una idiota.

—¿Cómo… cómo lo sabes? —consiguió soltar por fin.

—No te hagas la inocente, Ava —dijo él, entrecerrando los ojos y apretando la mandíbula—. Ahora, respóndeme.

En sus palabras había una sutil amenaza y era evidente que estaba tenso, enfadado. Ava sintió que se ruborizaba.

—¿Crees que lo he planeado? Ni siquiera sabía quién eras hasta que… —dejó de hablar.

—¿Saliste corriendo? —terminó Cal en su lugar.

Ava se cruzó de brazos, negándose a permitir que se diese cuenta de que había metido el dedo en la llaga. Le dio vueltas a la cabeza a toda velocidad, hasta que se le ocurrió algo.

—Por eso estás aquí. Crees que quiero sacarte dinero —sintió náuseas—. Sal ahora mismo de mi cocina.

—No voy a irme a ninguna parte. ¿Es mío el bebé?

Por un segundo, Ava pensó en mentirle, pero enseguida desechó la idea.

Además de que se le daba fatal mentir, no podía hacerlo. No podía mentir acerca de algo tan importante. Así que, a pesar del miedo, asintió.

—Sí, Cal. Es tuyo.

—Una prueba de paternidad lo confirmará.

—Sí —contestó ella con firmeza—. Lo hará.

La expresión del rostro de Cal se volvió tan salvaje que la hizo retroceder.

Él avanzó, invadiendo su espacio vital. Era Cal Prescott, y estaba allí. De repente, Ava sintió la necesidad de tocarlo, de olerlo. Quería volver a fundirse con él.

Pero Cal estaba furioso. Juró entre dientes y se dio la vuelta. Se pasó la mano por el pelo, un pelo que enmarcaba su anguloso rostro y sus ojos marrones a la perfección. Era un rostro muy distante, controlado y poderoso en todos sus ángulos, en todas sus líneas.

—¿Qué quieres? —le preguntó él, girándose de nuevo para mirarla con intensidad.

Ava se puso una mano en el vientre de manera instintiva, pero eso sólo sirvió para llamar su atención, así que volvió a meterse las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—¿De ti? Nada.

Cal la miró con recelo.

—No me mientas. Ahora, no.

—¡No te estoy mintiendo! Ni siquiera sabía que estaba embarazada hasta hace una semana.

—Así es como quieres jugar —comentó él cruzándose de brazos, convencido de su culpabilidad.

Aquello la hizo sentirse frustrada.

—Me da igual lo que pienses —replicó—. ¡No es asunto tuyo!

Él se quedó callado, observándola. Alrededor de ellos sólo había silencio. Era como si la tierra estuviese esperando su respuesta con la respiración contenida.

Entonces, sonrió. El triunfo aplastante que había en aquel único gesto hizo que Ava se estremeciera. Era la sonrisa de un hombre acostumbrado a salirse con la suya, de un hombre que cerraba contratos de miles de millones de dólares y que aplastaba a sus detractores. Era una sonrisa que le decía que había ganado.

¿Qué había ganado?

—¿Cómo que no es asunto mío que vayas a tener un hijo mío? —preguntó él arqueando una ceja—. Todo lo contrario. He estado pensándolo mucho. Ese niño necesita un padre. Así que nos casaremos.

La noticia sacudió a Ava por dentro. Ajeno a ello, Cal abrió un teléfono móvil negro y marcó un número.

—Ya he puesto en marcha los trámites y mi abogado pronto tendrá preparado el acuerdo prenupcial. No me gustan los festejos multitudinarios, así que nos saltaremos eso, por supuesto. No obstante, he reservado mañana en Tetsuya para cenar con mis padres…

Ava por fin consiguió hablar.

—¿Qué has hecho?

—¿Umm?

—¿Estás loco?

—¿Qué? —tapó el micrófono con la mano y la miró como si lo estuviese molestando.

—¡No puedes obligarme a casarme contigo! —exclamó, poniendo las manos en la cintura y gritando la última palabra con

furia.

Cal colgó muy despacio, obligando a cada músculo de su cuerpo a controlarse.

Ella tenía las manos en las caderas, unas caderas enfundadas en unos pantalones vaqueros desgastados y que eran casi indecentes. La recorrió hacia arriba con la mirada, la camisa vieja que llevaba remangada, sus brazos morenos, hasta llegar al escote que dejaba al descubierto su suave piel.

Por fin fijó la vista en su rostro, un rostro que había visto en sueños, agonizando de pasión. Su pelo moreno y sedoso estaba recogido en lo que eran los restos de una coleta. Y tenía la mandíbula apretada, estaba furiosa.

Era la mejor oferta que iba a recibir en toda su vida, casarse con un Prescott. Tal vez le hubiese estropeado el plan de chantajearlo, pero la compensaría de manera generosa. Se preguntó por qué estaría enfadada. Extrañado, observó su boca.

Se excitó. Las arrugas que tenía alrededor de los labios denotaban toda una vida bajo el sol, pero Cal sólo podía pensar en la suavidad de aquella carne, en cómo había recorrido su pecho a besos, cómo había pasado la lengua por su vientre antes de…

Juró en silencio y frunció el ceño. Y eso pareció enfadarla todavía más.

—No voy a casarme contigo —repitió con efusividad.

—¿Por qué no?

Ella lo miró con incredulidad.

—Porque, para empezar, no se dice a alguien que va a casarse contigo, se le pregunta si quiere casarse contigo. Además, casi ni nos conocemos. Y, para terminar, no quiero casarme contigo.

—Sé que necesitas dinero para salvar este lugar. Te estoy haciendo una oferta —al ver que Ava guardaba silencio, le apretó un poco más las tuercas—. Tú conseguirás el dinero y yo, una esposa.

—No necesito tu dinero.

—Supongo que tienes muchas ofertas, ¿no? Como la de tu vecino… ¿Sawyer?

—arqueó las cejas de manera burlona—. Está hipotecado hasta las orejas —la vio palidecer—. ¿Acaso pensabas que no lo sabía?

Ella no contestó, se limitó a mirarlo fijamente con los ojos llenos de recriminación.

—A mí me parece que no tienes elección —añadió Cal—. Te doy hasta mañana para que lo pienses, aunque ambos sabemos ya cuál será la respuesta.

Ava no supo qué decir, no podía creer que alguien pudiese ser tan arrogante.

—Si tanto te importa el niño, ¿por qué no te limitas a pedir la custodia? — susurró por fin—. ¿Por qué quieres casarte?

—Porque no soy un hombre que ignore sus responsabilidades. ¿Ibas a contarme que estabas embarazada?

Ella volvió a llevarse la mano al estómago y sintió que palidecía. No podía pensar, casi no podía ni respirar estando bajo su escrutinio, respirando el olor de su piel caliente, oyendo cómo la envolvía su tentadora voz.

—No… no pensé que quisieras saberlo. Eres Cal Prescott y…

—No sabes qué es lo que quiero —replicó él furioso—. Entraste en mi vida, pasaste unas horas conmigo y volviste a salir.

—¿Y ésta es tu manera de hacerme volver a ella?

—No estamos hablando de ti, sino de un niño —bajó la mirada a su vientre, luego volvió a levantarla. Su expresión era indescriptible —. De mi hijo.

Con un movimiento rápido de muñeca sacó una tarjeta de visita y se la tendió.

Como ella no la aceptó, la dejó en la encimera.

—Hasta mañana.

Luego, como si no soportase seguir en su presencia ni un segundo más, se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo Dos

Ava todavía estaba de pie en la cocina, con la tarjeta de visita de Cal entre los dedos fríos, cuando su tía Jillian entró con un montón de bolsas de comida y una calurosa sonrisa en los labios.

—Ava, cariño, he pensado que podíamos preparar un pollo para…

—Cal Prescott acaba de estar aquí.

Jillian dejó las bolsas encima de la mesa.

—¿El hombre que conociste en Sidney?

—Él mismo.

Jillian abrió la nevera y metió un trozo de queso dentro.

—¿De verdad? ¿Quiere venir a pasar unos días a Jindalee?

Ava tragó saliva. A pesar de que le había dado a Jillian una versión aséptica de su encuentro, era una mujer perspicaz.

—No exactamente. Al parecer, piensa que quiero chantajearlo… y no me extraña, teniendo en cuenta que estoy al borde de la quiebra.

Jillian se giró, había sorpresa en su rostro.

—Oh, vaya. Eso no es bueno.

Ava se dejó caer en una silla y apoyó la cara en las manos.

—No puedo creerlo. Y ahora quiere… —suspiró—. Jillian, tengo que contarte algo. Siéntate.

Jillian siguió de pie, ordenando la comida.

—Si vas a decirme que estás embarazada, ya me he dado cuenta.

«¿Es que lo sabe todo el mundo?», se preguntó ella, boquiabierta.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—No puedes ocultar esa ansiedad por comer sándwiches de queso y pepinillos.

Además —alargó la mano y le acarició la cabeza—, se te ha rizado el pelo. A tu abuela y a mí nos pasó lo mismo —la envolvió en un abrazo—. Cariño, ¿estás bien?

—Sí —suspiró aliviada y se hundió en el abrazo de su tía mientras daba vueltas a los acontecimientos de la última hora—. ¿No estás disgustada porque no esté casada?

—No estamos en la Edad Media, cariño. Y yo no soy tu padre —añadió.

Ava la apretó con fuerza.

—Cal piensa que lo he hecho a propósito —notó que Jillian retrocedía y ella evitó mirarla a los ojos—. Y quiere que nos casemos.

Jillian siguió sacando cosas de las bolsas.

—Eso es muy galante por su parte, en especial, en esta época.

—¡No, no lo es! Podría hacer una lista de las cosas por las que es una equivocación: casi no nos conocemos, vivimos vidas muy distintas, tenemos trabajos diferentes, por no mencionar lo que diría todo el pueblo…

—¡Por Dios santo! —exclamó Jillian golpeando la encimera con una lata de tomate—. Tu negocio está a punto de quebrar, estás embarazada de un hombre rico, atractivo y soltero, de un hombre que quiere hacer lo correcto y casarse contigo, ¿y te preocupa lo que digan un puñado de alcahuetas?

Ava la miró sorprendida. Su tía Jillian era la persona más tranquila que conocía.

Nunca la había oído levantar la voz.

—¿Estás diciendo que debería casarme con él? —le preguntó muy despacio.

—Estoy diciendo que el niño tiene derecho a conocer a su padre. He leído que el de Cal Prescott los abandonó cuando él era pequeño.

—Pero su madre volvió a casarse. Tiene un padre.

—Pero su padre biológico lo abandonó. Para conocer al hombre, primero hay que conocer al niño.

—¿Qué?

—Cal Prescott es un hombre con problemas de confianza, cariño, lo que puede llevar a la gente a hacer cosas extremas —le explicó Jillian mientras sacaba unas manzanas de la bolsa—. Me gustaría que prestases más atención —su expresión se suavizó—. ¿O es que ya se te han revolucionado las hormonas?

Ava suspiró.

—No son las hormonas. Y no cambies de tema —apoyó la espalda en la silla—.

No sé qué hacer.

Jillian puso los ojos en blanco.

—Los dos tenéis algo que el otro quiere. Así que podéis llegar a un acuerdo.

—¿No me estabas escuchando cuando he mencionado lo del chantaje? Él sólo quiere al bebé —se puso una mano en el vientre —. Y no va a conseguirlo.

—Cielo, ¿de verdad piensas que intentaría quitarte a tu hijo? — preguntó su tía sacudiendo la cabeza—. A mí me parece que ese hombre sólo quiere ser padre. Y

puede salvar Jindalee en la misma operación. A no ser que… — dudó—, que tú no quieras salvar Jindalee.

Ava se ruborizó. Jillian la conocía mejor que nadie, incluso mejor que sus propios padres. Jindalee llevaba más de cien años en su familia. La granja de ovejas había sido el sueño de su padre, la culminación de mucho trabajo. Ava se había dado cuenta desde muy pequeña de que ella era la cuarta en su lista de afectos; sus tierras, su madre y su hermana pequeña, Grace, iban delante. Su padre, un hombre intransigente, la había acusado a menudo de ser demasiado rebelde, demasiado egoísta y demasiado despreocupada. Y ella se lo había demostrado con veinte años, cuando lo había destrozado todo sin la ayuda de nadie.

«Ya no soy una egoísta». Cerró los ojos y lo vio, con el pelo cano, el ceño fruncido y el rostro surcado de arrugas. Ella había contribuido a que apareciesen unas cuantas con las preocupaciones que le había dado.

Abrió los ojos cuando notó la mano de Jillian en su hombro.

—Ya no tienes que demostrar nada, Ava —le dijo ésta en tono cariñoso—. Él ya no está aquí. Amaba su tierra, pero…

—Yo también la amo.

Era la verdad. Amaba aquellas colinas, sus árboles de caucho en los que vivían las corellas y las cacatúas típicas de la zona. Los canguros que pastaban por las mañanas, entre la niebla, y las increíbles y hermosas puestas de sol. El corazón se le llenaba de alegría todos los días con la belleza de su tierra. Su tierra.

—Ava, no tendría por qué ser tan duro. Nadie pensaría mal de ti si vendieses.

—Yo pensaría mal de mí misma.

Se levantó, se acercó a la encimera y empezó a lavar las manzanas. No lo había invertido todo en aquella propiedad para ver cómo se iba a pique. Y si Cal la trataba bien, ni siquiera necesitaría lo que le había ofrecido su vecino para ayudarla.

Se sintió esperanzada y vio un pequeño rayo de luz al final de aquel túnel de incertidumbre. Tardó unos segundos en pensar con prudencia. Antes de tomar la decisión, tendría que concretar los detalles. Cal le estaba ofreciendo la posibilidad de salvar Jindalee. Tal vez tuviese otros defectos, pero el de mirar el diente al caballo regalado no era uno de ellos. Sería un camino de rosas en comparación con lo que había pasado ya.

Un camino de rosas.

El sábado, a las diez de la mañana, después de que se hubiesen marchado sus dos clientes, Ava había sabido que no podía seguir

retrasando el momento. Lo había llamado y había propuesto ir en coche a Parkes, que estaba a veinte minutos de allí, pero Cal se le había adelantado. Un Calais rojo, muy nuevo, avanzó despacio por el camino hasta detenerse en la zona de aparcamiento, justo debajo del gran árbol de caucho.

Ava tomó aire, volvió a hacerlo, aspiró los reconfortantes olores de la cocina para que le diesen fuerza: vainilla, café y tarta de manzana recién hecha. Según había leído en una revista, eran olores que invitaban a entrar.

Cuando Cal salió por fin del coche, a Ava le costó reaccionar. Había esperado verlo vestido de manera informal, pero cara, con un polo, unos pantalones impecablemente planchados y unos zapatos italianos, así que le sorprendieron los vaqueros desgastados, las botas de trabajo, la chaqueta de cuero marrón y la camiseta de algodón. Esta última se le pegaba al cuerpo y marcaba todos sus músculos.

Emanaba una sexualidad natural y salvaje y Ava no pudo apartar la mirada de él.

Lo vio subir las escaleras con decisión, con la mirada clavada en ella. Le dio la mano y el aire se llenó de su olor cálido y especiado.

—Ava —le dijo, haciendo que su nombre sonase más *sexy* que la promesa de un beso húmedo.

Ella se dio la vuelta despacio y entró en la cocina, donde agradeció que hiciese calor, ya que eso disimulaba el color encendido de sus mejillas.

—Será mejor que vayamos al salón —le dijo.

El salón era acogedor y amplio. Tenía las paredes pintadas de color crema y muebles de pino de estilo colonial, pero ella no pudo evitar pensar que Cal podía permitirse un lugar mil veces mejor que aquél. Era un hombre decidido, poderoso y muy rico. Pero si Jillian pensaba que iba a conseguir comprarla con esos atributos, estaba muy equivocada. Lo único que demostraba aquello era que Cal no estaba acostumbrado a oír la palabra «no».

A Ava se le hizo un nudo en el estómago. Aquel hombre tan serio, que la miraba en silencio y que la había acusado de querer chantajearlo, era un completo extraño para ella.

Se sentó con las piernas cruzadas en la *chaise longue* y lo miró. Él seguía de pie.

—Quiero disculparme —lo oyó decir—. Por lo de ayer. Creo que fui un poco…

—¿Prepotente? —sugirió ella, sorprendida.

—Demasiado decidido —la corrigió él con firmeza—. No estoy

acostumbrado a hacer tratos con… —la recorrió con la mirada y, por un segundo, algo extraño brilló en sus ojos— con mis problemas personales.

Ava se limitó a mirarlo. Cuando él la miró a los ojos, vio algo en ellos. Era evidente que le avergonzaba admitir aquello. Su expresión revelaba que no era un hombre al que le gustase descubrir una posible vulnerabilidad emocional.

A pesar de todo, Ava sintió un poco de lástima por él. No obstante, antes de que le diese tiempo a hablar, él se cruzó de brazos y cambió de tema.

—Lo que te ofrezco es una propuesta de negocios. Tú necesitas dinero. A cambio, el bebé, y tú… tendréis el apellido Prescott y todo lo que eso implica.

Ava se dio cuenta de que, como no había logrado convencerla a lo bruto, había decidido razonar de manera más tranquila. Se preguntó qué sería lo siguiente que intentaría si ella volvía a negarse. ¿Tal vez seducirla? Se le puso la piel de gallina sólo de pensarlo.

—¿No será una esposa una traba en tu estilo de vida? —le preguntó.

—Permíteme que aclare las cosas. Estás embarazada de mi hijo. Lo que significa que te quiero a ti.

Ella sintió que la sangre se le aceleraba en las venas, aplastando cualquier pensamiento. Tomó aire y consiguió controlarse. Cal sólo estaba reclamando a su hijo, eso era todo.

¿Por qué estaba comportándose ella como si estuviese locamente enamorada?

Apartó los ojos de él, la cabeza le daba vueltas. ¿Por qué no volvía a ser el hombre que había llamado a su puerta y la había acusado de querer chantajearlo? Al menos así habría podido rechazarlo teniendo las cosas claras.

En resumidas cuentas: no podía permitirse perder Jindalee. Y sus otras opciones incluían la bancarrota y la pobreza. También tenía que pensar en Jillian. Había convencido a su tía para que vendiese su pequeña cafetería y fuese a vivir con ella. Y

Cal le estaba ofreciendo algo más que seguridad económica, le estaba ofreciendo la oportunidad de quedarse con sus tierras y de que la herencia de los Reilly siguiese en la familia. Y quería, no, exigía, formar parte en la vida de su hijo. Quería todas las responsabilidades que implicaba el hecho de ser padre.

Era mucho más de lo que tenían muchos niños, incluso de lo que ella había tenido.

Levantó por fin la vista y se dio cuenta de que Cal la estaba estudiando con tal intensidad que se vio obligada a pasarse la mano por el pelo y limpiarse los dientes con la lengua.

—¿Qué tipo de acuerdo tienes en mente?

—Un contrato legalmente vinculante. Tú te casas conmigo y yo, a cambio, pago todas tus deudas y te doy el dinero necesario para que este lugar funcione.

—No pienso entregar mi casa a un gerente. La tierra y la propiedad seguirán estando a mi nombre.

—Por supuesto, pero quiero que tú estés en Sidney cuando te necesite, que estés disponible para asistir a recepciones, cenas y ese tipo de cosas.

—No —Ava tragó saliva. Una cosa era una boda rápida y otra, fingir públicamente.

Él se cruzó de brazos y suspiró, indicándole que estaba perdiendo la paciencia.

—Sí. ¿No pensarías que te iba a dar el dinero y que eso iba a ser todo hasta que naciese el bebé?

—Pensaba…

—Bueno, pues estabas equivocada —apretó la mandíbula—. Esa es mi condición.

Cualquier esperanza de aceptar el dinero y pasar desapercibida se esfumó.

—Así que seré un adorno que lleves colgado del brazo.

—Serás mi prometida —la corrigió él—. Serás mi esposa, la madre de mi hijo y así es como espero que te comportes. Yo también lo haré.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero entrevistas improvisadas, ni libros en los que lo cuentes todo si nos divorciamos —su mirada se oscureció de repente—. Y tampoco quiero que tengas amantes mientras estemos casados.

—Tengo que pensarlo —dijo ella, levantándose.

Sintió que se tambaleaba y se agarró a la silla. Cal se acercó para sujetarla.

Fue tan inesperado que Ava dio un grito ahogado. Se le puso la carne de gallina al sentir sus dedos agarrándola y sintió calor en el vientre. Todo su cuerpo lo deseaba.

Como si su mente hubiese sentido que estaba luchando por mantener el control, le hizo recordar en tecnicolor sus besos, en los labios, en el cuello. Sus manos firmes y experimentadas acariciándole los pechos, jugando con sus pezones para hacer que se

endureciesen. Y su respiración caliente y apasionada rozándole el ombligo y descendiendo…

Se zafó de él sin mirarlo a los ojos. Le dio las gracias en un murmullo e intentó controlar el ataque de pánico que la estaba invadiendo. A pesar de que sólo habían pasado una noche juntos, a pesar de sus acusaciones y exigencias, lo deseaba.

Gimió por dentro y se cruzó de brazos.

—Bien. Cuando te marches a Sidney te mantendré informado acerca del progreso del bebé. Por supuesto…

—No. Me marcho a casa esta misma tarde. Y tú vas a venir conmigo.

—¿Hoy? Eso no formaba parte del trato.

—Ser mi esposa significa asistir a funciones sociales, salir conmigo, todo el paquete. Y a partir de ahora mismo. También te he pedido hora para ir a un ginecólogo muy bueno el martes.

Ava frunció el ceño.

—¿Y yo no pinto nada en esto?

—En esto, no. Lo que me recuerda… —abrió su teléfono móvil y marcó, intercambió con alguien un par de palabras y volvió a colgar —. Volveremos aquí el domingo que viene con mi equipo. Necesitarán darse una vuelta y conocer tu actual estrategia de marketing y publicidad. Porque supongo que tienes una.

Ella se puso muy recta y lo miró con indignación.

—Sí.

—También he autorizado el pago de todos tus préstamos y deudas. ¿Algo más?

«¿Qué tal si construyes una máquina del tiempo y retrocedemos unas nueve semanas?», pensó, pero no lo dijo. Negó con la cabeza.

—¿Ava? ¿Estamos de acuerdo?

Su voz la traspasó, hizo que se le acelerase el corazón.

«Para. Por favor, para de hablar antes de que me pierda por completo», pensó ella.

—¿Qué pasará después de que nazca el bebé? —preguntó con voz ronca—. ¿Y

si… decidimos que no funciona?

«¿Y si decides que ya no te parece divertido jugar a ser padre? ¿Y si yo termino odiándote? ¿Y si tú te enamoras de otra?». Sorprendentemente, se le encogió el corazón al pensar aquello.

—¿Ya estás pensando en el divorcio y todavía no nos hemos casado? — preguntó Cal arqueando una ceja.

—Sí.

Él la miró fijamente.

—Si eso ocurre, ya lo hablaremos en el momento adecuado. Pero no antes. Hay una cláusula al respecto en el acuerdo prenupcial, pero decidamos lo que decidamos, seguiré siendo el padre de la criatura.

Ava se dijo que, sin duda, llegaría el momento. Ella era una chica de campo y él, un multimillonario de la gran ciudad. No tenían nada en común.

Estaban en una época en la que ya nadie se casaba por motivos económicos.

Nadie, salvo ella.

Asintió, a pesar de que se sentía decepcionada.

—¿Así que me estás pidiendo que me case contigo?

Cal apartó la vista de su escote para mirarla a los ojos.

—¿Es eso un sí?

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —repitió Ava, cruzándose de brazos. Por desgracia, sólo consiguió que él bajase la mirada a sus pechos.

Cal notó que le costaba hablar. Tenía la boca seca. Entonces recordó lo que ella le había dicho en su anterior conversación. No se lo había pedido. Se aclaró la garganta.

—Ava, ¿quieres casarte conmigo?

Ella tomó aire, como si estuviese tomando también fuerzas.

—Sí, pero con condiciones.

—Adelante.

Se ruborizó, pero siguió hablando.

—Cualquier decisión o cambio importante con respecto a Jindalee se me deberá consultar.

Cal frunció el ceño.

—Mi equipo está mejor formado para decidir…

—Estas tierras son mías, Cal. Así que yo tendré la última palabra.

—De acuerdo —accedió, sentándose en el brazo de un sillón—. Le diré a mi abogado que lo ponga en el contrato.

Ava se quedó callada, esperando una señal, algo que le indicase si estaba haciendo lo correcto o estaba cometiendo un error garrafal. No la hubo. Volvió a tomar aire y se sentó.

—Quiero criar yo a mi hijo, no pienso dejarlo con una niñera para poder ir de fiesta contigo.

—Entendido.

—Y… Otra cosa. A la hora de dormir, no creo que sea buena idea que…

bueno…

—¿Qué tengamos sexo? —preguntó él un tanto divertido.

—Bueno, sí.

—Si eso es lo que quieres…

Ava asintió. Estaba tan avergonzada que no podía ni hablar. Por supuesto que era lo que quería. Cal pensaba que se había quedado embarazada sólo para chantajearlo. Y ella se respetaba a sí misma lo suficiente como para no meterse en la cama con un hombre que la creía capaz de algo semejante.

No obstante, el hecho de que él hubiese aceptado esa última condición también le hería el orgullo. Lo miró fijamente y recordó un artículo que había leído… algo acerca de que a algunos hombres los excitaban mucho las mujeres embarazadas. No pensaba que Cal fuese uno de ellos, pero sólo lo conocía de una noche. En realidad, ¿qué sabía de su futuro marido?

Palideció. Su futuro marido.

—Arreglado —comentó él echándose hacia delante y tendiéndole la mano.

Ella lo miró unos segundos más antes de darle la suya para cerrar el trato.

No obstante, su mente no estaba en aquel trato, sino en la manera en la que la rodeaban sus dedos largos, envolviéndola con su calor y… algo más, algo más protector. Algo que le estaba calando muy hondo, que hablaba de sus sueños de adolescente, de su deseo de conseguir la eterna felicidad. Cal era un hombre en todos los sentidos del término: fuerte, decidido, alguien en quien apoyarse. Sólo su presencia le cortaba la respiración.

—¿Ava?

Su voz la sobresaltó y se dio cuenta de que todavía le estaba dando la mano y, aún peor, que le estaba acariciando la suya con el dedo pulgar.

Intentó soltarse, pero él no la dejó. Ava se levantó y él la imitó.

—Ava…

—Cal, por favor.

¿Por favor, no? ¿O, por favor, sí? Su cabeza le decía una cosa y su cuerpo, otra.

Y al ver el deseo en sus ojos supo lo que prefería oír él.

Por favor, sí.

La acercó a él con la confianza de un hombre que sabía que no iba a ser rechazado. La apretó contra su pecho duro y caliente. Y la besó.

Ava cerró los ojos y el calor y el deseo hicieron que dejase de pensar. Sintió un cosquilleo en el estómago y el corazón empezó a

latirle a toda velocidad. Entonces…

entonces…

Nada.

—Mírame.

Su voz, llena de deseo, le puso la piel de gallina. Obedeció muy despacio.

Supo que estaba en peligro. En los ojos de él estaba el recuerdo de los placeres que habían compartido, todo lo que ella había intentado olvidar y había revivido en sueños.

Cal sintió un profundo deseo. Le sorprendió darse cuenta de que su cuerpo ardía de pasión por aquella mujer. Era como si llevase años encerrado en un monasterio. Se dijo que no debía desearla. Ni siquiera confiaba en ella.

El orgullo le dio fuerzas para soltarla. Se apartó de su lado a regañadientes y apretó los dientes.

—Si quieres estar conmigo, Ava —gimió, incapaz de disfrazar el deseo que había en su voz—, tendrás que decírmelo.

Capítulo Tres

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

Estaba diferente a la primera vez que se habían visto, estaba más natural, más sensual. No obstante, Cal podía seguir viendo en ella a la mujer con la que se había acostado en Sidney. Sus ojos, un tanto achinados, eran los mismos, su tentadora boca, también. Estaba deseando quitarle aquella mugrienta camisa y los vaqueros y hacerle el amor con el pelo suelto cayéndole sobre los hombros. Estaba deseando oír cómo esos labios susurraban su nombre.

Juró entre dientes, se pasó la mano por el pelo y se dio la vuelta.

—¿Quieres que te pida que tengamos sexo? —preguntó ella con incredulidad, como si aquello le repugnase—. Eres un engreído, un arrogante… He accedido a casarme contigo, pero no pienso subirte el ego…

—Espera —la interrumpió, levantando la mano—. Yo no he dicho eso.

—… rogándote nada. Primero me acusas de querer chantajearte y ahora, esto.

Supongo que es un castigo por…

—¡Para!

Aquella orden sólo consiguió enfadarla todavía más. Se levantó, apoyó las manos en sus caderas y lo fulminó con la mirada.

—¡No pienso parar! Que esté esperando un hijo tuyo no significa…

—¿Te importaría dejar de gritarme? —Cal la agarró de los brazos—. Vamos a intentar hacer las cosas bien. Ambos sabemos que nos atraemos, pero no pienso obligarte a hacer nada sólo porque un trozo de papel diga que soy tu marido. Tú decidirás si quieres tenerme en tu cama. ¿Entendido?

—¿Y qué te hace pensar que voy a quererte en mi cama, si ni siquiera confías en mí?

Ambos permanecieron en silencio durante un par de segundos. Entonces, como si acabase de darse cuenta de que la estaba sujetando, Ava tensó los brazos.

Él retrocedió y cambió de tema.

—Tenemos que volar a Sidney dentro de un par de horas. Haz la maleta.

—Tengo un negocio que atender.

—Y una familia a la que conocer. ¿No tienes una tía? Tal vez ella pueda ocuparse de esto durante un par de días.

—¿Cómo…?

Ava dejó de hablar. Una cosa era que Cal se hubiese enterado de lo del bebé y otra, que hubiese indagado en su pasado. Sintió que se le secaba la boca. ¿En qué se había metido?

* * *

Ava se sentó en el balcón del ático de Cal, situado en el muelle circular de Sidney, y observó el puerto, que se extendía treinta pisos por debajo de ella como si de una postal se tratase.

La casa era de revista. El ascensor daba directamente a un enorme salón decorado en tonos crema y blanco, con un sofá de color chocolate enfrente de una mesita de café rústica que estaba situada en el medio. A lo largo de la pared de la derecha, que separaba el salón de las habitaciones, había un increíble acuario tropical. Cal le había enseñado la casa y ella lo había seguido de habitación en habitación hasta llegar a la cocina, de un blanco inmaculado. Demasiado inmaculado.

—¿Cocinas? —le había preguntado.

—Suelo comer fuera.

La impecable decoración y las suaves notas de un CD de James Taylor eran perfectas. Sólo estropeaba esa perfección el hecho de que la cocina casi no se utilizase. Pensó en un asado de cordero, con patatas, zanahorias y judías verdes. O

una ensalada griega. Su estómago rugió para darle la razón y ella sonrió.

El buen humor le duró sólo hasta que vio a Cal en la puerta de la terraza con dos copas. Se había puesto un traje azul oscuro, una camisa de color azul claro y una corbata de seda, mientras que ella había tenido que contentarse con el vestido rojo cereza con el que se habían conocido. Le quedaba un poco justo a la altura de los pechos, pero no tenía otra cosa.

—Las vistas son magníficas, ¿verdad? —comentó él.

Ava no pudo evitar sonreír.

—Sí.

Cal la estudió con la mirada.

—Bonito vestido.

—Es mi único vestido —respondió ella, cruzándose de piernas y haciendo que el vestido subiese. Intentó bajarlo para taparse el muslo, pero se dio cuenta de que Cal seguía su mano con la mirada y se sintió invadida por una ola de calor.

Para llenar aquel incómodo vacío, le dio un buen trago a su copa de zumo de limón, lima y angostura. Luego, tomó el papel que él había dejado encima de la mesa de cristal.

Era un resumen de sus negocios, y algunos detalles personales

que Cal pensaba que debía conocer, dado que era su prometida. Ella había leído la hoja rápidamente, incapaz de contener su curiosidad. No sabía nada de él, al menos, no sabía las cosas que importaban de verdad. Cosas profundas y personales que una debía conocer acerca de su futuro marido. Pequeñas intimidades que indicaban que formaba parte de una pareja. Una pareja enamorada y feliz que quería pasar el resto de su vida junta.

—Cumplirás treinta y cuatro años el día de Año Nuevo.

Él asintió.

—¿Y qué se le regala a un hombre que puede permitirse todo lo que quiera? — se preguntó a sí misma.

—Algo sencillo. Mi madre me regaló una pecera el año pasado —arqueó una ceja antes de añadir—: Pero una corbata o una botella de buen *whisky* siempre están bien.

—¿Y un par de calcetines?

Cal sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Por primera vez desde que habían llegado a Sidney, Ava sintió que tenía toda su atención. Sintió deseo por él, pero lo contuvo.

En su jet privado, Cal se había puesto a trabajar y a hacer llamadas de teléfono.

Y el trayecto hasta su ático no había sido mucho mejor. Ava debía haber disfrutado del paseo en el Maserati descapotable negro, sentada en el asiento de piel que la envolvía con su olor a lujo mientras oía el ronroneo del poderoso motor que los llevaba por Anzac Parade. No obstante, no había podido evitar pensar que aquello no era más que una premonición de las cosas que iban a llegar. Ella siempre callada y acicalada y él, trabajando todo el día, pegado a su teléfono.

No quería ser la típica esposa que se limitaba a pasearse vestida con trajes de diseñador y cubierta de joyas, se estremecía sólo de pensar en tener que maquillarse todos los días, ir a la peluquería y vestirse como una Barbie.

Y era tan estúpida que iba a firmar un contrato que le daría a Cal carta blanca.

«Tienes que recordar que es sólo temporal». Estaría en Jindalee la mayoría de los días, centrada en su negocio. Sólo estaría con Cal cuando la necesitase para lucirla y causar buena impresión. Él mismo lo había dicho.

Enfadada consigo misma, apartó la mirada y la dirigió al cielo. Estaba anocheciendo.

En vez de sentarse a su lado, Cal se sentó en el sofá que había al otro lado de la mesita de café, por suerte, en el borde de su espacio

vital. No obstante, de no estar en otra ciudad, seguiría estando demasiado cerca. Era un hombre demasiado imponente para ignorarlo, y mucho menos para poder estar cómoda con él. Lo que le ponía a Ava la piel de gallina era una combinación de su mirada oscura y cómplice, de su sensual tono de voz y de los fastidiosos recuerdos que compartía con él.

Volvió a mirar el papel.

—Empezaste a trabajar para Victor a los diecisiete años y ahora eres el director general. ¿No…? —hizo una pausa para reformular su pregunta—. ¿Nunca has querido montar tu propio negocio?

—VP Tech es mi negocio.

Ella guardó silencio y esperó a que Cal elaborase más su respuesta.

—Dejé los estudios para ponerme a trabajar en el departamento de desarrollo tecnológico de Victor. Unos años más tarde, tuve la idea de *One-Click* y Victor me proporcionó el personal y el respaldo económico necesarios para hacerla realidad.

Hoy en día somos la única empresa australiana que integra *Internet*, teléfono y *software* en un solo programa. Ganamos miles de millones con él.

Ava esperó un segundo antes de cambiar de tema.

—¿Cómo es tu madre?

—Honesta. Generosa. Siempre me apoya —respondió él de inmediato.

—¿Y tu padrastro?

Cal no contestó, primero estudió el rostro de Ava: la nariz respingona, sus elegantes pómulos. Parecía realmente interesada en su respuesta.

—Dominante. Intransigente. Astuto.

—¿Y no va a imaginarse que nuestro compromiso no es más que una farsa? ¿O

tienes pensado contarles la verdad? —logró hablar con naturalidad, pero su mirada atormentada la delató.

—¿Te preocupa lo que pueda pensar la gente? —quiso saber él.

—Lo que piensen tus padres, sí.

A pesar de no confiar en ella, Cal se dio cuenta de que había cambiado algo, algo que no quería explorar, ni siquiera reconocer. La culpabilidad lo acechó, pero prefirió centrarse en su objetivo. Había tenido un momento de debilidad y su responsabilidad era hacer las cosas bien. Había aprendido aquello de Victor. No obstante, no le gustó desear tener el cuerpo caliente y húmedo de aquella mujer debajo de él.

No obstante, por primera vez en muchos meses, lo deseaba.

Apretó los dientes. Era un hombre duro. Entre Ava y él sólo había un negocio.

Así tenía que ser.

Guardó silencio hasta que éste se hizo insoportable y tuvo que romperlo.

—Si te preguntan, puedes contarles que nos conocimos hace un tiempo en el Shangri-La y que ahora hemos vuelto a encontrarnos.

—¿Pero no es un compromiso tan repentino algo anormal en ti? —insistió Ava.

—Confía en mí, no harán preguntas. Al menos, mi madre no las hará.

—¿Y Victor?

—No es asunto suyo con quién decida casarme. Deja que yo me ocupe de él.

—Así que tendremos que fingir.

—¿Te causa eso algún problema?

—No se me da bien mentir.

«Interesante», pensó Cal.

—Seguro que lo harás bien. Piensa sólo en el dinero.

El rostro de Ava se ensombreció un instante, pero apartó la mirada de él y volvió a cambiar de expresión.

Cal se preguntó qué le estaba pasando. Por norma general, prefería a mujeres que entendiesen las exigencias de su ritmo de vida, mujeres repulidas, sofisticadas, que no buscasen promesas ni compromisos. Mujeres capaces de fingir de manera elegante con sus padres. Mujeres acostumbradas a las revistas, la televisión y las pasarelas, que satisficiesen sus necesidades desde el punto de vista sexual, social y mental, aunque ninguna hubiese conseguido satisfacerlas todas a la vez.

Pero Ava… ¿Qué tenía Ava que lo atraía tanto?

Claro, que era una bomba. Todavía recordaba su encuentro. Recorrió su cuello con la mirada y bajó hasta los pechos. Ava Reilly era también una mujer testaruda y orgullosa, cualidades que le fascinaban y le frustraban al mismo tiempo.

«No olvides que ha utilizado a un bebé para salvar su negocio».

Eso debía haber bastado para apaciguar su deseo, pero, inexplicablemente, no era así. Además, tenía la necesidad de conocerla mejor, de averiguar lo que el informe se había saltado.

—¿Desde cuándo vives en Jindalee?

Aquella repentina pregunta hizo que ella volviese a mirarlo.

—Desde siempre.

Él frunció el ceño.

—¿No aparece eso en tu informe?

—No.

Ava le mantuvo la mirada, como queriendo averiguar si le estaba diciendo la verdad o no. Después suspiró.

—Jindalee era una granja de ovejas. Mi padre la construyó a finales de los cuarenta.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré treinta en diciembre. Mis padres estuvieron mucho tiempo intentando tener hijos, y luego tuvieron dos niñas casi seguidas —tras contarle aquello, cerró la boca y apartó la mirada, indicándole así que la cuestión estaba zanjada.

Cal frunció el ceño. Cuando se casasen, se haría con el control absoluto de VP

Tech, que era lo que siempre había querido. Debía centrarse en eso y sólo en eso, y no perder el tiempo compartiendo con ella detalles íntimos de sus vidas. Ava era sólo un medio para lograr su objetivo. Había hecho lo correcto, lo único que podía hacer: reclamar a su hijo. No necesitaba conocer los detalles del pasado de la madre, como ésta tampoco necesitaba saber lo del ultimátum de Victor.

—¿Cuándo será el feliz día? —preguntó Ava.

Cal siguió un segundo más inmerso en sus pensamientos.

—Lo antes posible. ¿Cuánto se tarda en organizar una boda?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿No es algo que obsesiona a todas las mujeres?

—Lo siento, pero creo que me he perdido algo.

Ava le dio un trago a su copa y él fijó la atención en sus labios rosados.

—El dinero no es un problema —añadió Cal con más tranquilidad de la que sentía—. Si quieres un lugar en particular, una determinada iglesia…

—Me da igual.

Cal la estudió con interés.

—Si pudieses casarte en cualquier parte, ¿cuál elegirías?

—Nunca lo he pensado.

—De acuerdo —dejó la copa en la mesa con decisión—. La catedral de St. Mary para la ceremonia y mi yate privado en el puerto de Sidney para la recepción. ¿Te viene bien el uno de agosto?

—Eso es en menos de… —calculó mentalmente— dos meses.

¿Por qué tanta prisa?

—¿Cuál es el problema? —miró su vientre y asintió—. Estarás embarazada de cinco meses, ya se te notará…

—No es eso —respondió Ava—. ¿No hay listas de espera?

—Es probable —arqueó una ceja—. Puedo contratar a un organizador de bodas.

—¡No! El uno de agosto, ya está —accedió—. Y, volviendo a lo de esta noche…

Háblame más de tus padres.

—Mi madre, Isabelle, vivía en Hunter Valley. Conoció a Victor cuando yo tenía once años y se casaron uno después.

—Tienes un hermano.

—Hermanastro. Zac —dijo él en tono distante. Se levantó, fue hasta la barandilla y luego se volvió para mirarla—. Tienes tres años menos que yo y es hijo biológico de Victor.

Ava sonrió.

—Seguro que tu padrastro piensa que eres… —empezó, sonriendo.

—No.

Ella dejó de sonreír.

—Sólo iba a decir…

—No lees revistas, ¿verdad?

Ava negó con la cabeza.

—Zac dejó VP Tech hace un par de años. Tengo entendido que ha montado su propia empresa en la Costa Dorada.

«Yo me quedé aquí. Fui leal. Y, no obstante, Victor insiste en jugar a un estúpido juego con el futuro de la empresa».

—¿Has hablado con él?

—¿Qué?

—¿Si has hablado con Zac desde que se fue? —le preguntó, mirándolo con preocupación—. Sois hermanos. ¿No…?

—No. Será mejor que nos marchemos si no queremos que anulen la reserva del restaurante —contestó Cal, apartando la mirada. Se sentía culpable.

Ava dudó un segundo cuando él le ofreció la mano para ayudarla a levantarse.

Cuando la aceptó y él tiró de ella, se le cortó la respiración. Volvió a sentir la repentina ola de calor, se le aceleró el corazón y le dolió el vientre de deseo. Se tocó instintivamente el estómago y él siguió su mano con la mirada.

—¿Sientes… algo?

Ella pensó que lo que sentía no tenía nada que ver con el hecho

de tener una vida creciendo en su interior. Su cuerpo estaba cambiando, creciendo, y un deseo caliente y oscuro corría por sus venas. Su piel anhelaba ser acariciada, besada. Por aquel hombre.

Pero no podía admitirlo, no cuando había tenido que hacer acopio de valor para recuperarse del último beso.

—Sólo un… cosquilleo —consiguió decir—. Es normal en el primer trimestre.

—¿Necesitas algo?

«A ti».

—No.

Ava tragó saliva cuando Cal le puso la mano en la espalda para guiarla hasta la puerta y se preguntó cómo iba a sobrevivir otras treinta y una semanas así.

—¿Llevas una dieta especial? —le preguntó Cal.

Ella cerró los ojos un momento al notar que el calor de su mano le traspasaba el vestido.

—Nada de cafeína, ni de marisco. Mucha verdura, agua. Y necesito dormir.

Paso mucho tiempo en la cama.

Levantó la vista y vio que él la miraba divertido. Volvió a sentir calor en la piel.

Intentó relajarse, decirse que era una reacción puramente biológica. Hormonal.

Cal, era muy guapo y era normal que su cuerpo respondiese ante él. Eso era todo.

Cuando fue a tomar el chal que había dejado en el respaldo del sofá, se dio cuenta de que había una pequeña caja forrada de terciopelo encima. Miró a Cal.

—Es para darle realismo a nuestra felicidad de pareja recién comprometida —le explicó él, quitándole la caja de las manos y abriéndola.

Muy a su pesar, Ava dio un grito ahogado al ver el anillo más bonito que había visto en toda su vida. Era increíble a pesar de su sencillez: un único diamante engarzado en un anillo de oro con incrustaciones de esmeraldas. Debía de costar miles de dólares… o más. Dudó, casi le daba miedo tocarlo. Cal lo sacó del estuche y se lo tendió.

—Es precioso —comentó ella, suspirando.

—Sí.

Ava levantó la vista y se perdió en la profundidad de sus ojos. Enseguida volvió a bajar la mirada al anillo e intentó que no le temblasen las manos mientras él se lo ponía.

—Te queda un poco grande —murmuró Cal sin soltarle los dedos, acariciándole la mano con el pulgar.

—Por poco tiempo. Voy a ganar peso.

—Ah.

Cal sonrió y a ella le entraron unas insoportables ganas de besarlo.

Todo su cuerpo ardía de deseo. Había leído que, durante el embarazo, las hormonas hacían que aumentase el apetito sexual de algunas mujeres, pero no sabía si era normal que el suyo estuviese aumentando tanto. Quería arrancarse la ropa y pedirle a Cal que la hiciese suya allí mismo, en el suelo.

Lo deseaba. Estaba loca por él. Se sentía como una adicta al chocolate que no pudiese conformarse sólo con un bombón.

No obstante, no podía dejarse llevar por un momento de debilidad. Acostarse con un hombre que la creía capaz de chantajearlo sería un enorme error, y ya había cometido suficientes en su vida.

Dio un paso atrás y se apartó de él. Se puso el chal por los hombros y deseó que fuese una armadura.

—¿Nos vamos?

La pregunta hizo que Cal cambiase de expresión, asintió con la cabeza y sólo con eso, se rompió la tensión del momento. No obstante, una parte de ella deseó que no se hubiese roto.

Cal la guió hasta la puerta y ella se dijo que tenía que centrarse en la noche que tenía por delante e invertir todas sus energías en superar la prueba con éxito.

Capítulo Cuatro

Decidida a seguir a Cal e ignorar las miradas y los murmullos que los acompañaban mientras cruzaban el restaurante, Ava levantó la barbilla y continuó andando, consciente de que él le había puesto su mano, caliente y posesiva, en la curva de la espalda para guiarla. Llegaron al reservado y la puerta se cerró tras de ellos.

Le dio tiempo a echar un vistazo al elegante interior antes de que Cal la rodease por la cintura. Entonces, lo oyó decir:

—Ava, quiero que conozcas a mi madre, Isabelle.

Y supo que su suerte estaba echada.

Respiró hondo para calmarse. Isabelle Prescott debía de tener al menos cincuenta años, pero se movía con la gracia y el encanto de alguien décadas más joven. Su aspecto era perfecto, desde el elegante vestido negro hasta el impecable maquillaje y la melena rubia. Tal y como Ava había imaginado, llevaba hecha la manicura, iba perfumada y vestida como una millonaria. No obstante, cuando se inclinó a saludar a su hijo con un beso, su sonrisa irradió verdadera felicidad.

Para el alivio de Ava, cuando se giró hacia ella no había dejado de sonreír.

—Ava, estoy encantada de conocerte. Me alegro mucho por vosotros.

Antes de que le diese tiempo a reaccionar, Isabelle le había dado un beso en la mejilla. Después, Cal le presentó a Victor, que le dio un fuerte apretón de manos.

Cal era un hombre que emanaba seguridad y confianza, un hombre acostumbrado a dar órdenes y a que éstas fuesen obedecidas sin más. Y Victor había sido su maestro. La presencia física de Victor Prescott era impresionante. Vestía un traje impecable y llevaba el pelo cano cortado con precisión, igual que el bigote. Un par de inteligentes ojos azules la estudiaron durante medio segundo y, decidida a no dejarse abrumar por ellos, Ava le devolvió el apretón de manos con firmeza. Victor sonrió, pero sólo con los labios.

—Enhorabuena, señorita Reilly.

«Qué cosa tan extraña», pensó ella. Miró a Cal.

—¿Por…?

—Por ser la mujer que ha conseguido atrapar a mi hijo, que llevaba demasiados años soltero.

Los dos hombres intercambiaron una tensa mirada que Cal fue el primero en romper agarrando a Ava por el brazo.

—Vamos a sentarnos.

Cal se sentó a su lado e Isabelle y Victor, enfrente. Y empezaron a cenar. A Ava le sorprendió que no les ofreciesen la carta, sino que empezasen a servir el primero de lo que iban a ser los diez platos del menú de degustación del restaurante.

—Carne de venado y de ternera —murmuró Cal a su oído señalando las pequeñas porciones que había en su plato—. Lo otro es pescado.

—Bueno, Ava —empezó Isabelle mientras hundía la cuchara en el gazpacho—.

¿Eres de Sidney?

—No, la verdad es que he nacido y crecido en Dubbo.

—Una chica de campo… Me gusta —comentó Isabelle sonriendo —. Supongo que una ciudad tan grande como ésta te parecerá una locura.

Ava miró a Cal de soslayo, que parecía estar esperando su respuesta.

—Es grande. Ruidosa. Pero… muy bonita —añadió con una sonrisa—. No hay nada como el puerto de Sidney.

Era consciente de que todos la estaban analizando, aunque a quien más temía era a Victor. Incluso sin tener en cuenta su reputación, era un hombre que intimidaba con sólo una mirada. No obstante, Victor dejó que fuese Isabelle quien hiciese las preguntas y sólo intervino para preguntarle por el pasado de Jindalee como granja.

Según fue transcurriendo la cena, Ava notó que la tensión iba instalándose en la mesa. Cal se comportaba con cautela, como si estuviese esperando que pasase algo, o que alguien dijese algo. Victor los miraba de manera especulativa. Eso la había alarmado al principio, pero en esos momentos estaba empezando a molestarla.

Por otra parte, Isabelle era una mujer encantadora. Era evidente que Cal la quería y la respetaba, y que ella servía de catalizador entre los dos hombres.

—¡Y el pobre terminó todo cubierto de salsa bearnesa! —Isabelle concluyó su anécdota con una carcajada, provocando la risa de Cal.

Ava sonrió y miró a Victor, que seguía observándola con intensidad. Eso le hizo bajar la vista al plato.

—¿No te gusta el marisco? —preguntó Victor de repente.

Todas las miradas fueron a su plato. Ava se había comido la ensalada y había dejado el marisco.

Ava miró a Cal.

—Esto…

—No, no le gusta —respondió Cal, poniendo una mano sobre la

suya para tranquilizarla.

Victor soltó una risotada.

—Lo que no he conocido nunca es a una mujer que se resista al postre —la miró con perspicacia—. ¿Qué tal una *mousse* de chocolate al coñac…?

—Ava no bebe alcohol —dijo Cal.

—… y un capuchino.

—Ni toma cafeína.

Victor levantó la servilleta muy despacio para limpiarse los labios, luego la dobló y la dejó encima de la mesa.

—Ya veo. Entonces, para resumir la velada… Eres atractiva, soltera, no eres caprichosa y diriges un pequeño negocio con el que también ayudas a tu tía y al pueblo en el que se encuentra. ¿Tienes algún vicio, o puedo dar por hecho que… eres absolutamente perfecta para mi hijo?

Cal le apretó la mano.

—Por favor, Victor, ya es suficiente. Ava…

—No, Cal —murmuró ella, intentando calmar el pánico que sentía.

Él la miró antes de seguir hablando.

—Hace unos días que Ava no se encuentra bien.

Victor se levantó de su silla de repente.

—Cal, ¿podemos hablar?

Él asintió, se puso en pie y siguió a Victor hasta la otra punta del salón, donde no pudiesen oírlos.

A pesar de que casi no conocía a Cal, Ava se dio cuenta de que había algo debajo de aquella educada apariencia. Había ira y resentimiento.

Se le encogió el estómago. No debía importarle lo que pensase aquel hombre de ella, pero le importaba. Y le dolía.

—Espero que te encuentres mejor —le dijo Isabelle, apoyando una mano en su brazo y mirándola con preocupación.

—Ha sido sólo un virus —mintió ella.

—Siento que las palabras de Victor te hayan disgustado. Sólo quiere proteger a Cal. No es nada personal.

—Pues a mí me lo ha parecido —contestó Ava, incapaz de ocultar su malestar.

Isabelle sonrió.

—Lo sé. Victor puede llegar a ser un poco… autoritario. Abrasivo, incluso, pero es un hombre acostumbrado a manejar un negocio de miles de millones de dólares. A veces es difícil… —se encogió de hombros con elegancia— olvidar eso.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dijo Ava sin pensarlo.

Isabelle asintió.

—Victor y tú sois tan diferentes… —hizo una pausa, no quería ofender, pero la sonrisa de la otra mujer la animó a continuar—. ¿Cómo os conocisteis?

Isabelle rió.

—Somos diferentes, de eso no cabe la menor duda. Cal tenía seis años cuando su padre se marchó. Como no nos habíamos casado, yo seguía soltera cinco años más tarde, trabajando en un viñedo en la costa norte. Victor quería comprarlo, me vio sirviendo en la cafetería y… nos enamoramos.

Hizo una pausa y le brillaron los ojos.

—Como Cal y tú. Yo no tenía ni idea de quién era Victor. Él tampoco sabía nada de mi vida, ni de mi hijo. Pero nos enamoramos. Nos casamos un año después, Cal tenía doce.

Ava no pudo evitar sonreír.

—Te conquistó.

—Y no aceptó un «no» por respuesta… Aunque al principio no le puse las cosas fáciles —arqueó una ceja y dio un trago a su copa de vino.

Ava asintió, sonrió y bebió agua. Le sorprendía que aquella mujer cariñosa e inteligente estuviese casada con un hombre como Victor Prescott. Aunque había habido un par de ocasiones en las que había dejado entrever que no era tan frío como aparentaba. Como cuando Isabelle le había apretado la mano. O cuando ella había contado una historia divertida.

Isabelle golpeó la mesa con la mano, haciendo que Ava se fijase en la impresionante alianza que lucía.

—Ava, sé que te aviso con muy poca antelación, pero… ¿te gustaría venir de compras conmigo mañana?

«¿De compras?».

Ava miró hacia donde estaban Cal y Victor, que seguían charlando animadamente, antes de contestar.

—Podemos comprarnos un montón de zapatos, tomarnos un capuchino y ver pasar a la gente —antes de que a Ava le diese tiempo a contestar, bromeó—: No me lo digas, eres de las que prefieren comprar bolsos.

Ava rió. Quería saber más cosas acerca de Cal, y la mejor fuente sería su madre.

—Por supuesto.

—¡Estupendo! ¿Quieres que vayamos a algún sitio en concreto?

—¿A algún sitio… que no sea caro?

Isabelle rió.

—Considéralo un regalo de Cal. Al fin y al cabo, puede permitirse darle algún capricho a su prometida. Y te prometo que encontraremos algo que te encantará.

—¿Nos marchamos? —inquirió de repente Cal.

Ava levantó la mirada sorprendida, su expresión era inescrutable. Asintió y se puso en pie.

—¿No tomamos café? —preguntó Isabelle.

—No puedo, mañana tengo que levantarme temprano. Hasta pronto, mamá.

Cal le dio un beso a su madre y se despidió de Victor con un breve movimiento de cabeza.

—Te mandaré un coche a las ocho —le dio Isabelle a Ava—. Terapia de compras —añadió, dirigiéndose a su hijo, que la miraba de manera inquisitiva.

Luego, Cal guió a Ava fuera del salón con cuidado y firmeza al mismo tiempo.

El trayecto de vuelta al ático de Cal estaba lleno de expectativas. Ava esperaba que le contase lo que había hablado acaloradamente con Victor en el restaurante, pero habían llegado al ascensor y seguía esperando.

—¿Vas a contarme lo que te ha dicho Victor?

Las puertas del ascensor se cerraron y él la miró. Ava se negó a bajar la vista.

—Victor tiene dudas acerca de nuestra boda, de nuestra… —bajó la mirada a sus labios— compatibilidad. Yo se las he rebatido.

Ava sintió ganas de humedecerse los labios con la lengua, pero se limitó a mordisquearse la boca por dentro.

—Parecía bastante enfadado.

Él se encogió de hombros y volvió a mirar los números del ascensor.

—Así es Victor. No soporta que la gente no esté de acuerdo con él —se cruzó de brazos—. Supongo que necesitarás algo de dinero.

—¿Para qué? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Para mañana. Para ir de compras.

—Si así es como me lo ofreces, no, gracias.

—Puedo permitírmelo —se sacó la cartera y la abrió—. Toma.

Ella parpadeó.

—¿Una American Express Platinum?

Cal le puso la tarjeta en las manos en el momento en que se abrían las puertas.

—No te emociones demasiado —dijo él, dejándola pasar—. Tiene límite.

—No necesito que me des dinero —comentó ella, muy tensa—. No soy ninguna mantenida.

—Yo no he dicho que lo seas.

Ava le golpeó el pecho con la tarjeta al pasar por su lado, pero él la agarró del brazo.

—Quiero dejarte esto claro, Ava. Después de mañana, todo el mundo sabrá que eres mi futura esposa. Y lo primero por lo que te juzgarán, será por tu armario.

Ella frunció el ceño y se zafó de él.

—¿Qué va a pasar mañana?

—Que voy a anunciar nuestro compromiso a la prensa.

Ava se ruborizó.

—¿Qué pasa? Cuanto antes lo anunciemos, menos oportunidades habrá de que haya una filtración.

Se oyó la melodía de un teléfono móvil y Ava metió la mano en el bolso y fue hacia la cocina.

—Hola, Jillian.

Intentó parecer contenta, pero supo que no podría engañar a su tía, ni a sí misma tampoco.

Al llegar al salón vio que Cal también estaba hablando por teléfono. Había dejado la tarjeta de crédito encima de la mesa.

Ava alargó la mano y la tocó. No sólo tendría que acostumbrarse a que cotilleasen de ella en su pueblo. Seguro que el anuncio de Cal llegaba a la prensa nacional. Todo el mundo hablaría, y no sólo de cómo se habían conocido y de quién era realmente Ava Reilly. Se fijarían en su ropa, en su pelo, en su figura.

Puso los ojos en blanco. Últimamente no se había preocupado por ir a la moda, teniendo un negocio que mantener a flote. La ropa y el maquillaje que tenía los había comprado al menos tres años antes.

Pero en esos momentos… El repentino e inexplicable deseo de darse un capricho, de comprar algo que no fuese práctico, pero sí femenino, le quemó por dentro. Muchos años antes, se había dejado llevar por la llamada de la frivolidad.

Cuando Grace todavía vivía.

—Entonces, ¿has cambiado de idea?

Ava apartó enseguida la mano de la tarjeta. Cal estaba en la puerta de la cocina.

Se había quitado la chaqueta y se había remangado la camisa, dejando al descubierto sus antebrazos, morenos y musculosos. Lo vio meterse las manos en los bolsillos mientras esperaba su respuesta.

«Es un hombre muy guapo».

A Ava la mente se le quedó en blanco y se le secó la boca. Él hizo una mueca, como si se diese cuenta de su batalla interna.

—¿Tengo que alertar a la prensa? —preguntó con despreocupación.

—¿Qué?

—Mujer rechaza un día de compras con todos los gastos pagados.

Aquello la hizo sonreír por fin, aunque Cal se dio cuenta de que también había tristeza en su rostro.

—Hubo una época en la que hubiese aprovechado sin dudarlo la oportunidad —comentó ella mientras se quitaba los tacones—. Grace y yo… —dejó de hablar, sacudió la cabeza.

Cal recordó la conversación que Ava había tenido con su madre.

—Tú hermana.

—Pensé que estabas concentrado, hablando de negocios con Victor.

—Tengo la habilidad de poder hacer varias cosas a la vez.

La risa de Ava los sorprendió a ambos y, por un momento, desapareció la tensión.

—Tu hermana murió muy joven —afirmó él.

Ava dejó de sonreír.

—Tenía diecinueve años. Mi madre falleció hace tres años, de cáncer. Y a mi padre le dio un infarto siete meses después. Desde entonces, sólo me queda mi tía — apartó la mirada para que Cal no viese la emoción que había en ella—. ¿Pero acaso no lo sabes ya todo de mí?

—Todo no.

Sabía que su piel temblaba cuando la besaba en el cuello, que gemía cuando le mordisqueaba el lóbulo de la oreja. Sabía que sus ojos se oscurecían cuando algo la entusiasmaba, cuando se dejaba llevar por la pasión, pero, de repente, no era suficiente.

—No suelo investigar la vida privada de los demás —dijo con firmeza, mirándola a los ojos—. ¿Por qué te marchaste esa noche?

Ella se quedó callada, contuvo la respiración. Cal no sabía lo mucho que se había arrepentido de haberse marchado aquella noche, cuántas veces se había preguntado si las cosas habrían sido diferentes si no lo hubiese hecho.

Se encogió de hombros.

—¿Para evitar la incomodidad del día después?

—¿De verdad?

El hecho de que dudase la molestó.

—Sí. Pienses lo que pienses de mí, ha sido la única vez que he tenido una aventura de una noche. Imaginé que te sentirías aliviado cuando descubrieses que me había ido.

—No me diste elección.

—Bueno, pues bienvenido al club.

Ava supo que había metido el dedo en la llaga. La expresión de Cal era de sorpresa, pero enseguida la disfrazó. Se cruzó de brazos.

La miró de tal manera que Ava sintió que perdía las fuerzas, tomó aire y sintió un cosquilleo en el estómago. Se puso la mano en el vientre.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, que se había acercado corriendo.

Ava no supo qué le cortaba más la respiración, si la pequeña vida que crecía en su interior o la palma de la mano de Cal en su vientre. Se miraron a los ojos.

Los de Cal estaban llenos de emoción. Unos segundos después, bajó la mano y se apartó. No obstante, era evidente que estaba emocionalmente implicado con el bebé. Y Ava se dio cuenta de que quería que la besase.

Tomó aire, frustrada, antes de retroceder también.

—Es tarde. Debería…

—Sí.

Él se quedó donde estaba, en la puerta, hasta que ella volvió a mirarlo a los ojos.

—Perdona.

La dejó pasar y siguió el vaivén de sus caderas a través del salón y hasta la habitación de invitados, donde desapareció, cerrando la puerta.

Cal juró entre dientes, todavía sin moverse del sitio. Si sus fantasías se hubiesen hecho realidad, Ava le habría pedido que le hiciese el amor. Pero allí estaba, con sabor amargo en la boca y ardiendo por dentro.

Fue a su habitación y empezó a desabrocharse la camisa.

Ava Reilly no era una mujer inocente. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo, había encandilado a su madre y había mirado a los ojos a Victor cuando los había presentado. Pero había algo en ella que la hacía brillar, y que lo dejaba fuera de combate.

—Confía en tu primera impresión, Cal —le había dicho Victor el primer día que había empezado a trabajar en VP Tech—. Tiene su

razón de ser.

Y, muy a su pesar, tenía que admitir que, a lo largo de los años, se había demostrado que Victor tenía razón en aquello. Ava parecía una chica encantadora, inocente, nada que ver con la mujer que había tenido en su cama unas semanas antes.

«¿Y si no está fingiendo?», le preguntó una vocecita en su interior. ¿Y si la noche que habían pasado juntos había sido tan impresionante como él recordaba?

Se sacó la camisa de los pantalones. Todas las ideas que se le ocurrían acerca de cómo probar su teoría incluían en algún momento desnudar a Ava. Algo a lo que, sin duda, ella se negaría.

Qué pena.

Capítulo Cinco

Ava parpadeó en la oscuridad. El hecho de estar en un lugar desconocido la asustó por un momento antes de darse cuenta de dónde estaba. En Sidney, en casa de Cal. A partir de ese día, sería oficialmente su futura esposa.

Gimió y alargó la mano para ver qué hora era en su teléfono móvil. Las cinco y media. Si hubiese estado en casa, ya habría salido fuera a ver el amanecer, con un café en la mano.

Apartó las sábanas y se puso las zapatillas. Estar viviendo en casa ajena no significaba que tuviese que abandonar su ritual matutino. Abrió la puerta de su habitación y salió al salón, que estaba a oscuras. Algo la sorprendió, la hizo detenerse.

¿Y las náuseas? Hizo un repaso mental de los demás síntomas. Le dolían los pechos, tal y como era de esperar. Y un poco la espalda, tal vez porque no había dormido en su cama. ¿Pero el estómago? Nada.

Dio las gracias y suspiró. Fue a la cocina y, después de inspeccionar varios armarios, llenos de utensilios casi sin usar, por fin encontró las tazas. Escogió un elegante juego de cerámica decorado con pequeñas flores azules que no pegaba nada en aquel piso. Luego puso agua a calentar y siguió estudiando la cocina.

La cafetera de última generación pitó y ella frunció el ceño. No podía tomar café a no ser que Cal tuviese descafeinado, cosa que dudaba.

—La tengo programada, no funciona por telepatía.

Ava se giró y vio a Cal.

—Te levantas temprano —le dijo.

—Tú también.

Cuando entró en la cocina, Ava tragó saliva. El repentino deseo de pasar la mano por su pelo alborotado la obligó a cerrar el puño detrás de la espalda. Quería pasar las manos por su pecho, ancho y fuerte, cubierto por una camiseta de algodón, pero se volvió hacia la encimera y se entretuvo metiendo la bolsa de té sin teína en la taza.

—La gente de campo suele levantarse al amanecer.

—Los empresarios, también.

Ava lo miró y sonrió y, para su sorpresa, él le devolvió la sonrisa. La sorpresa se transformó en alivio y la tensión desapareció.

Ella olió el aire.

—¿Es café aromatizado con *Butterscotch*?

—Me has pillado —contestó él, acercándose por una taza.

Su olor a hombre se mezcló con el del café y Ava respiró hondo.

— *Butterscotch* de Java, para ser exactos. También tengo moca hawaiano, café con aroma a arándanos y con sabor a avellanas y vainilla. Me gusta variar —añadió, poniéndose a la defensiva.

—Seguro que tienes a la empresa de café arrinconada en los negocios.

Él rió, y Ava se estremeció con aquella sensación de calor e intimidad. No obstante, no pudo disfrutar de ella, porque las náuseas se lo impidieron.

Intentó controlarse. Le dio un trago a su té y señaló con la cabeza hacia la terraza.

—Voy a sentarme fuera.

Cal la vio atravesar el salón. Llevaba un camisón rojo y unas absurdas zapatillas de casa, y estaba despeinada, pero ni vestida de encaje negro lo habría excitado más.

Los recuerdos atacaron todos sus sentidos al aspirar un ligero aroma floral, inocente y paradójicamente seductor al mismo tiempo. Sabía lo que era tener aquel pelo entre los dedos, acariciándole la piel, y no pudo evitar jurar entre dientes.

Se sirvió el café y fue también a la terraza.

Cuando la vio de perfil, con la taza en los labios, algo le hizo detenerse.

Pero debía de haber hecho algún ruido, porque Ava giró la cabeza y puso los ojos en él en el mismo instante en que el sol resplandecía en la terraza. Los rayos dorados la iluminaron, envolviéndola en un halo radiante.

Ella lo estaba estudiando de manera muy intensa. Su mirada lo excitó. Fue como si estuviese acariciándolo con la mano. Primero los hombros, después el pecho.

Él se quedó donde estaba y esbozó una sonrisa. Ella bajó los ojos más, mucho más, causándole una erección.

Entonces Ava subió la mirada a sus ojos, avergonzada, antes de volver a girar la cabeza.

Cal entendió aquello como un reto, no podía ser de otra manera.

Abrió la puerta corredera y ella volvió a girarse y miró su taza como si fuese una viuda negra.

—¿Te importaría no…?

—¿No beber café? —preguntó él, dando un trago, sonriendo.

Ava tragó saliva.

—Es el olor… Hace un momento estaba bien, pero ahora…

—¿Tienes náuseas? —dejó de sonreír cuando ella asintió. Dejó la taza de café en el suelo y cerró la puerta.

—Gracias. Me encanta el café, pero, al parecer, este bebé lo odia.

Cal bajó la vista a su cintura, luego volvió a subirla a su rostro. La suave luz de la mañana seguía bañándola, brillando en sus rizos. Así, sin maquillaje ni ropa elegante, estaba preciosa. Tenía una belleza sutil y seductora, un toque de inocencia en aquellos ojos azules, combinado con una boca suntuosa que cuando sonreía era como la llamada de una sirena.

Recordó su sonrisa, cómo lo había excitado con su risa.

—¿Qué? —preguntó Ava con curiosidad.

—Estaré en casa a las siete con los papeles que quiero que firmes —contestó, volviendo a retomar el control de su mente.

Le había dado la sensación de que ella se estremecía al oír aquello. No había pretendido ser tan duro, pero al ver que ella asentía, decidió olvidarse del tema.

—Que pases un buen día, Ava —añadió antes de volver a abrir la puerta, tomar su taza y marcharse de allí.

Controlar su cuerpo le costó más de lo que había esperado, pero lo consiguió.

Cuando por fin salió de casa media hora más tarde, vestido de manera mucho más descuidada de lo habitual, se dio cuenta de que no era capaz de desconectar de ella, y eso lo puso de mal humor para el resto del día.

Por fin, a las siete de la tarde, después de un largo y frustrante día de reuniones, informes y varios mensajes crípticos de Victor que había decidido ignorar, llegó a su ático casi sin paciencia.

Al abrir la puerta, chocó contra un muro de deliciosos aromas. Olía a ajo. Se le hizo la boca agua. Tomate. Carne. Tiró el maletín en el sofá y entró en la cocina.

Al ver a Ava descalza y con unos vaqueros, una camiseta y un delantal, canturreando mientras daba vueltas a algo en una cazuela, se despertaron en él los instintos más primitivos.

«Mi mujer. Mía».

Aquello le hizo sentir una emoción tan sorprendente, tan intensa, que le faltó el aire en los pulmones.

Ava se dio la vuelta y sonriendo, le dijo: —La cena estará lista en cinco minutos.

Y él sólo deseó llevársela a la cama.

—No tienes que cocinar —respondió con frialdad, debido a la frustración que le hacía sentir su aparente falta de autocontrol.

—Me gusta cocinar —respondió ella con toda tranquilidad, sin dejar de mirar la cazuela—. Si no quieres, no tienes que comerlo.

Cal sintió ganas de replicar, pero se las tragó.
—¿Has pedido que te traigan todo eso? —preguntó, mirando las cosas que había encima de la mesa.
—No, he ido al supermercado.
—¿Y has cargado con todo?
Ella puso los ojos en blanco.
—No, tu madre llevaba el carro y el portero ha subido las bolsas.
—Pensé que habíais ido a compraros ropa.
—Sí —contestó ella, ofreciéndole un plato con zanahorias crudas. Él tomó una y la mordió—, pero también hacía falta llenar la nevera de comida.
—Hay comida.
—Vino, agua, zumo, café, cereales. Pero no hay fruta, ni carne, lácteos ni verduras.
Volvió a concentrarse en el guiso que estaba haciendo, pero al ver que él guardaba silencio, giró la cabeza.
—¿Qué?
Él contuvo un millar de pensamientos contradictorios, intentó relajar la expresión.
—¿Qué tal las náuseas?
Ava le tendió un cuchillo con una sonrisa.
—Supongo que no volveré a tenerlas hasta mañana por la mañana. ¿Puedes hacer algo útil y cortar el feta?
Luego cenaron en la mesa redonda del comedor, en silencio. Un silencio medio tenso, medio expectante. Devoraron los espaguetis y la ensalada griega que Ava había preparado y luego él le preguntó:
—¿Qué te has comprado?
Ella bajó el tenedor muy despacio.
—Un par de vestidos —contestó—. Vaqueros, zapatos, faldas. Un par de camisetas y una chaqueta. No te preocupes —añadió en voz baja—. No te avergonzaré.
Cal se dio cuenta de que la había herido, pero no sabía cómo arreglarlo. Así que hizo lo único que podía hacer, mantener la boca cerrada.
—Nos han pedido un par de entrevistas —comentó poco después, dejando los cubiertos en el plato.
Ella apoyó la espalda en la silla e intentó digerir la información.
—¿Pretendes que conceda entrevistas?
Él se encogió de hombros.
—Sólo si quieres hacerlo. También hay un montón de revistas que quieren hacernos un reportaje.
Ava sacudió la cabeza.

—Esto es… surrealista.
—Ahora eres un personaje público.
—Sólo porque soy tu prometida —replicó ella.
—Pensé que a las mujeres os gustaba que os pusiesen guapas y os hiciesen fotografías.
—Pues a mí, no —dijo ella levantándose bruscamente de la mesa —. Soy una sencilla y práctica chica de campo a la que le gusta ir en vaqueros y botas. Limpio la cocina, cocino, friego los platos —empezó a quitar la mesa—. No soy glamurosa, no soy una modelo… ¡tengo patas de gallo y los talones secos!
Había hablado con tanta sinceridad que Cal tuvo que contener una risotada. No sabía si aquello había sido una explicación o una advertencia.
—Así que te asusta hacer cosas de mujer.
—Yo no he dicho eso.
—¿Por qué no lo intentas? Tal vez te guste.
—¿Crees que también me gustará que los periodistas indaguen en mi pasado durante un par de horas?
—Ahí es donde entra en acción mi oficina de prensa. Y yo te ayudaré.
Cal tomó su plato.
Ava, que necesitaba moverse, empezó a cargar el lavaplatos, pero cuando todo estuvo recogido, no supo qué más hacer.
—Ve a sentarte fuera —le dijo Cal abriendo un armario—. Yo te llevaré un té.
Una vez sola en la terraza, Ava empezó a relajarse. El calor del calentador le acarició la piel, un contraste delicioso con el frío aire de la noche. Tomó una manta y se la puso alrededor de los hombros y se sentó sobre los pies.
Como le había pasado a Alicia al caer por el hueco del árbol, toda su vida había cambiado. Adiós a la paz y a la tranquilidad, que habían sido reemplazadas por la fama y la fortuna. En la comida, Isabelle le había dicho qué era lo que podía esperar en los próximos días.
—Todo el mundo te invitará a fiestas, apariciones sociales. Te pedirán que te hagas fotografías y que concedas entrevistas. Eso es lo bueno, lo malo es mucho menos agradable, pero igual de importante.
—¿Los rumores y las insinuaciones?
Isabelle había asentido muy seria, y ella había dejado de sonreír.
—Sí. Imagina tus peores dudas, tus más profundos temores plasmados en la primera página de todos los periódicos del país. Si

hay algo que hayas hecho y no quieres que la prensa se entere, se enterará —se había echado hacia atrás y la había mirado fijamente —. Lo que importa es cómo lo lleves tú.

Ava se estremeció. Una cosa era pensar mal de una misma y otra, que sus inseguridades se aireasen públicamente para que todo el mundo las conociese.

Eso no iba a ocurrir.

El sonido de la puerta abriéndose la sacó de sus pensamientos. Cal salió a la terraza con dos tazas humeantes y un montón de papeles.

El contrato.

Le dejó los papeles y un bolígrafo delante, y luego la taza. Ava tomó los papeles con aparente calma y los hojeó. Cal le había marcado los lugares donde debía firmar, pero en vez de hacerlo a ciegas, dejó los papeles a su lado, en el sofá.

—Tengo que leerlo bien.

Él asintió y se instaló en un sillón que había enfrente de ella.

—Por supuesto.

Ava levantó su taza y, durante unos minutos, ambos guardaron silencio. Nunca se había sentido obligada a llenar una pausa con una conversación estúpida, pero la presencia de Cal le hacía ser muy consciente de sí misma, de su aspecto, su ropa, su manera de actuar. La ponía tan nerviosa como una adolescente el día de su primera cita.

—A tu madre le encanta ir de compras —comentó sin convicción.

—Mi madre piensa que ir de compras es un modo estupendo para romper el hielo —dijo él sonriendo.

—Hemos hablado mucho.

—¿De qué?

—Sobre todo, de mí. De la boda —no le contó que habían hablado de la niñez de Cal para no traicionar a Isabelle—. No tenía ni idea de que existían tantas revistas dedicadas a las bodas.

Él no pudo evitar sonreír abiertamente.

—Siempre sospeché que a mi madre le encantaban las bodas. Lo siento.

—No me importa —dijo Ava con sinceridad.

Isabelle, entusiasmada, le había regalado un montón de revistas nada más subirse al coche. Ella había fingido ponerse contenta, había sonreído y le había dado las gracias, pero Isabelle se había dado cuenta de que su respuesta no había sido demasiado entusiasta y había contenido su excitación, cambiando de tema de

conversación enseguida.

Según había ido transcurriendo el día, Ava había ido sintiéndose más a gusto.

El subversivo brillo de la ciudad ya había empezado a calar en ella, el ajetreo y el movimiento la habían hecho sentirse entusiasmada.

—Tenemos dos recepciones formales el jueves y el viernes por la noche — anunció Cal, haciéndola volver al presente—. Supongo que los vestidos que te has comprado serán apropiados.

Ava se dio cuenta de que había escepticismo en su voz.

—Cal no soy del todo tonta. Sé cómo vestirme.

—Sí —él la recorrió con la mirada, calentándola por dentro más que el té, que se estaba bebiendo—. Seguro que sí —apartó los ojos de ella—. Será tu primera aparición pública como mi prometida, así que tienes que estar preparada. Habrá cámaras, y te harán preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Las que se espera que conozcas siendo mi prometida. ¿Qué quieres saber?

Ava tardó unos segundos en preguntar:

—¿Por qué no tienes ordenador en casa?

Él sacudió la cabeza.

—No lo necesito, teniendo esto —se sacó el teléfono del bolsillo y se lo tendió—.

El nuevo V-Fone. Es ordenador, agenda, GPS y teléfono en uno, y todo funciona con el *software One-Click*. Está comunicado con mi ordenador del trabajo, así que siempre estoy disponible. Nuestros clientes están satisfechos al cien por cien con su funcionamiento desde que lo lanzamos, hace tres meses.

Ella pasó la mano por el aparato antes de devolvérselo.

—¿Cómo es tu trabajo?

—Trabajo muchas horas y tengo muchas reuniones, informes de presupuestos, estrategias de inversión.

—¿Te gusta lo que haces?

—Viajo por todo el mundo y tomo decisiones de millones de dólares.

—¿Pero te gusta? —insistió Ava—. Supongo que algún día ocuparás el puesto de Victor. Lo que él hace es muy diferente a desarrollar un *software*.

—He trabajado muy duro para ganarme ese puesto. VP Tech ha sido mi objetivo desde que tenía diecisiete años.

—Ya veo —todavía no había contestado a su pregunta y a Ava le

había parecido escuchar una nota de duda.

—Trabajo entre doce y catorce horas al día, de lunes a sábado —añadió, casi como si intentase justificar su falta de respuesta.

—¿Los domingos, no?

—Los domingos son para… descansar.

El tono profundo de su voz la hizo ruborizarse.

—¿Cuál es tu plato favorito?

—El cordero asado —contestó él, relajando los músculos de la cara—. Ahora me toca a mí —la miró fijamente antes de preguntar—. ¿Cuál es tu película favorita de la infancia?

Ava sonrió.

— *Sonrisas y lágrimas*. ¿Y la tuya?

— *La gran evasión*. ¿Qué querías ser de mayor?

—Bailarina… pero no estaba lo suficientemente delgada.

—Pues a mí me parece que estás muy bien.

Y él estaba intentando coquetear. ¿Por qué? Le había dejado claro que no se fiaba de ella. No obstante, Ava decidió no preguntarse a qué se debía aquel cambio y prefirió dejarse llevar.

Las horas fueron pasando mientras compartían gustos y aversiones. A Cal le gustaban las películas de acción, a ella, las comedias románticas. Los dos odiaban el repollo y la calabaza, y les encantaban las frutas tropicales. Después de volver a tocar el tema de la carrera de Cal, pasaron al tema de los ex.

—He salido con chicas, pero nunca he tenido relaciones serias —dijo él.

—Tu madre mencionó a Melissa…

Cal la fulminó con la mirada.

—¿Qué te contó?

—Que habíais estado prometidos, pero que rompisteis.

—Ya veo —dejó la taza encima de la mesa y se echó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

Ava se preguntó qué le habría hecho aquella mujer para que se pusiese tan a la defensiva.

—¿Y tú? —inquirió él.

Ava se encogió de hombros.

—Tuve un novio en el instituto, y un par de ellos más cuando trabajaba en la cafetería de Jillian. Desde que he vuelto a casa no he salido con nadie. Gum Tree Falls no está precisamente lleno de solteros, no como… —se calló de repente, pero ya era demasiado tarde.

—Como Sidney.

Cal entrecerró los ojos. No se fiaba de ella y cuanto antes lo

aceptase, más fáciles serían las cosas. No obstante, el orgullo le impedía seguir adelante sin explicarse.

—Vine a Sidney al cumpleaños de una amiga —empezó—. Era la primera vez que venía a la ciudad. Cenamos en el Shangri-La y luego fuimos al bar. Yo no buscaba un novio, ni una aventura de una noche, ni nada.

—Pero me encontraste a mí.

Ava se levantó, le quemaba la cara.

—Tú te acercaste a mí.

—Cierto, pero tú no me dijiste que no.

Cal observó cómo se ponía colorada mientras se quitaba la manta de los hombros y la doblaba con cuidado.

—¿Acaso es un crimen sentirse halagada por las atenciones de un hombre? Sólo quería olvidarme del dinero, de la presión, de las responsabilidades durante un fin de semana, durante una noche. Por una noche, no era la hija de Will Reilly, no era la inútil que lo había decepcionado. El motivo por…

No terminó la frase, era como si se hubiese dado cuenta de que ya había hablado demasiado.

Había pánico en sus ojos. Miró a los de él un segundo, luego, bajó la vista.

—Es tarde —murmuró por fin, negándose a mirarlo a los ojos y acercándose a la puerta—. Me voy a la cama.

—Ava.

Su llamada cayó en oídos sordos porque, un segundo después, Cal estaba solo.

Se quedó allí, inmóvil unos minutos, aunque le parecieron horas. Cuando la había pillado en aquel desliz, había visto en sus ojos indignación, y dolor. ¿Podía ser tan buena actriz?

Muy a su pesar, volvió a recordar la noche que la había conocido para intentar arrojar algo de luz a su confusión.

Al principio, ella se había mostrado cauta. Había aceptado a regañadientes su invitación a una copa. Habían coqueteado y él había ido ganándose su confianza poco a poco, hasta conseguir llevársela a la cama.

Por un segundo, se permitió recordar su sonrisa, que hacía que le diesen ganas de besarla en los labios, y su risa femenina.

No sabía qué pensar.

Juró entre dientes y se puso de pie. Entró en casa. La ducha fría no lo ayudó a aclararse, ni tampoco meterse en la cama y observar en el reloj cómo iban pasando los minutos hasta llegar al amanecer.

Capítulo Seis

A la una y media del día siguiente, Cal aparcó bruscamente su coche delante del edificio donde estaba su ático. Tal vez hubiese dejado de bombardear a Victor con preguntas acerca de su ultimátum, pero eso no significaba que se hubiese librado de él. Durante la reunión que habían tenido a media mañana, él se había mostrado frío y distante porque estaban con otros miembros de la junta directiva y, después, en vez de llamarlo para hablar a solas, Victor se había marchado igual que había llegado.

Se maldijo y se frotó las sienes mientras miraba a través de la doble puerta de cristal del edificio. Su portero, que normalmente era un hombre austero, estaba charlando con una impresionante morena a la que miraba con adoración.

Era Ava, que miró hacia donde estaba él y lo vio.

Cal se olvidó de todo y recordó su conversación de la noche anterior.

Si el día anterior se había quedado impresionado con ella bajo los primeros rayos de sol, en esos momentos estaba fascinado. El sol de la tarde la envolvió mientras salía a saludarlo. Era la fantasía de cualquier hombre. Llevaba botas, falda hasta la rodilla y jersey negros, y encima, una gabardina azul cielo. Y su pelo negro brillaba con los rayos de sol.

Se le secó la garganta y sonrió de manera automática hasta que se dio cuenta de que un hombre vestido con un traje muy caro le miraba el trasero. Sintió celos y fulminó al hombre con la mirada. Este se encogió de hombros, se disculpó con una sonrisa y continuó andando.

Ava sonrió con timidez al llegar a la puerta del coche.

—Hola.

—Hola a ti también. Estás…

—¿Aceptable?

—Preciosa —dijo él, mirando por el espejo retrovisor y dándose cuenta de que se había ruborizado—. Deberías vestirte así más a menudo.

—Por desgracia, Jindalee no es un lugar para llevar este tipo de ropa.

—En ese caso, me alegro de que vayamos a estar en Sidney hasta el fin de semana. Dale un respiro a los vaqueros y a las botas de trabajo.

La risa de Ava lo reconfortó y ambos se sonrieron durante unos segundos de más. Fue él el primero en romper el momento, mirando por encima de su hombro antes de poner el coche en movimiento.

Ava contuvo la respiración, no quería romper su frágil tregua. Aquel hombre no sólo desarrollaba importantes programas de ordenador, su mente era un ordenador. Seguro que recordaba cada detalle de sus conversaciones. No obstante, cuando el coche empezó a moverse ella se relajó. Aquél era el tranquilo reverso de la hostilidad y desconfianza de los últimos días.

No quería ser demasiado optimista, pero cuando giró la cabeza hacia el sol al pasar por el puente del puerto, la esperanza empezó a crecer en su interior. Era…

alentador.

—Teniendo en cuenta lo que me ha dicho, la fecha prevista de parto es el nueve de enero —dijo el doctor Wong sonriendo—. Normalmente, se sabe el sexo del bebé a partir de la semana dieciocho —hizo una pausa, tocó unos botones del ecógrafo y señaló la pantalla—. Ahora mismo, lo único que puedo asegurar es que todo va bien y que el bebé está creciendo adecuadamente. Eso es todo.

Se hizo un silencio sepulcral en la consulta, sólo se oían los breves pitidos de la máquina.

—Mira eso —comentó Ava, respirando por fin.

Cal seguía absorto en el monitor. Casi no había oído lo que había dicho el médico, que acababa de salir de la habitación, dejándolos un momento a solas. El corazón le latía con demasiada rapidez.

Sería padre a principios de año. Un destello inesperado de algo grande y poderoso lo sacó de las sombras e hizo que se sintiese como si estuviese flotando.

Miró hacia Ava y sus ojos, llenos de asombro y fascinación, volvieron a derribarlo.

Estaba tumbada en la camilla, tapada por una sábana, con la falda subida hasta justo debajo de los pechos. Su vientre era una suave curva, casi imperceptible. Se sintió atraído por ella, no pudo evitarlo. Le parecía algo natural, correcto, inclinarse y cubrir sus temblorosos labios con un beso.

Y entonces ocurrió algo muy extraño. Todo se detuvo a su alrededor.

Fue como si el mundo se hubiese parado por un segundo. Ava dejó de respirar y cerró los ojos. Se relajó para disfrutar del tierno beso.

Cal ya la había besado antes con urgencia, con una pasión

incontrolable cuyo objetivo era excitarla. Pero aquella… aquella suave presión de su boca, casi cariñosa, despertó algo en su interior que hizo que se le llenasen los ojos de lágrimas.

Casi no le dio tiempo a aspirar el aroma a cuero, a crema de afeitar y a café tan característico de Cal. El beso acabó demasiado pronto. Él se apartó y Ava abrió los ojos y se le escapó un pequeño gemido de decepción.

—Cal…

—Si quieres que me disculpe por eso… —dijo él con voz ronca.

—No. No. Ha estado… —«increíble. Maravilloso»— bien.

Ava fue consciente de su desnudez en aquella habitación fría y estéril, de su vientre todavía húmedo del gel que le había puesto el médico para hacerle la ecografía.

—¿Puedes pasarme un trozo de papel?

Él se giró y tomó un par de toallitas. Se las dio.

—Te esperaré fuera —le dijo. Sacó su teléfono móvil y, un segundo después, había desaparecido.

Ava frunció el ceño. Tan pronto la besaba, como se marchaba. Era como darle a un botón que encendiese sus emociones para apagarlas dándole con la puerta en las narices poco después.

Suspiró y terminó de limpiarse, se estiró la ropa y tomó las fotografías que el médico había sacado. La triste verdad era que ella deseaba que la besase, que la tocase. Que aplacase el anhelo que tenía su cuerpo y le hiciese dulcemente el amor.

Abrió la puerta y vio a Cal mandando un mensaje desde su teléfono. No se fiaba de ella. Ambos lo sabían. Y, aun así, no podía evitar desearlo. Ahí estaba la paradoja, ¿cómo podía desear a un hombre que no la deseaba a ella?

Se pasó el resto del día dándole vueltas a aquello, hasta que se obligó a olvidarlo mientras preparaba unos sándwiches de queso y pepinillos para la cena.

—Hoy no cocines —le había dicho Cal al dejarla en el ático después del ginecólogo—. Llegaré tarde, así que compraré cualquier cosa de camino a casa.

No había que ser un genio para entender el trasfondo de sus palabras. «No te sientas demasiado cómoda y no esperes que juguemos a la familia feliz». Bueno, pues no lo haría. Se había pasado la mayor parte de la tarde alicaída, viendo el programa de Oprah hasta que su cuerpo le había pedido que se moviese un poco. Después, vestida con un traje azul claro que, según Isabelle, resaltaba sus ojos, había salido a dar un paseo.

Las enormes zonas residenciales y el ruido seguían abrumándola,

así que se había dirigido al jardín botánico. Allí había paseado durante una hora por los frondosos jardines hasta que se había dado cuenta de que su presencia había captado una atención indeseada.

La gente había empezado a susurrar en voz alta y a señalarla, y le habían hecho fotografías con los teléfonos móviles.

En esos momentos, estaba sentada en la terraza comiéndose un sándwich. No debía importarle no ser una de las prioridades de Cal, pero no podía evitar que se le encogiese el estómago al pensarlo. Él era un hombre de negocios y le había hecho una oferta basada sólo en eso, en un negocio.

Pero un hijo no podía ser objeto de un negocio.

El sándwich le quemó en el estómago y lo dejó en el plato. Tal vez ella no estuviese en los primeros números de su clasificación, pero su hijo, sí. Aunque Cal no se diese cuenta, la reacción que había tenido en la consulta del ginecólogo le había dado esperanzas. Había sido un comienzo, aunque fuese pequeño.

* * *

Era sábado por la noche y Ava intentaba ignorar el dolor de sus pies calzados con tacones altos y sonreír. La noche anterior había sido una fiesta con fines benéficos y ésa, la presentación de un libro. Dos causas completamente diferentes que tenían los mismos invitados. Las mujeres, envueltas en joyas y trajes de alta costura, eran casi todas rubias, siempre estaban bronceadas y delgadas, a pesar del champán que muchas consumían como si fuesen bebedoras empedernidas. Los hombres iban vestidos con trajes caros y emanaban riqueza y lujo.

Del brazo de Cal, Ava se sentía observada. Unos la miraban con incredulidad, otros, con oculta animadversión. Unos pocos, dado que era la invitada de honor, habían expresado verdadera alegría, lo que le había sentado como un trago de agua fresca, y ella les había correspondido con genuina alegría.

—Tienes que hacer más eso —le murmuró Cal al oído, haciendo que se estremeciese.

—¿El qué?

—Sonreír más.

—Estoy sonriendo —respondió ella.

Cal puso los ojos en blanco.

—Pues parece que te acabas de comer una gamba en mal estado.

Aquello la hizo reír.

—Yo sé que estás fingiendo, aunque estés engañando a todo el mundo —añadió Cal.

Ava sintió su aliento caliente en la oreja y se mordió el labio inferior para contener un gemido.

—He estado en más fiestas esta semana que en toda mi vida, por no mencionar lo de tener que acicalarme y sonreír a gente que no conozco —contestó ella también en voz baja—. Y me duelen los pies.

—¿Quieres sentarte?

Ava se arrepintió de habérselo dicho al ver la preocupación en su rostro.

—No —suspiró.

Todavía le daba vueltas la cabeza por las miles de felicitaciones y de preguntas que le habían hecho acerca de cómo y cuándo se habían conocido, y cuándo era el día de la boda. Si oía a otra mujer medio desnuda preguntarle a Cal cuándo sería el gran día, gritaría.

—Enhorabuena, Cal. ¿Ya habéis fijado la fecha?

Cal sintió que Ava se ponía tensa y lo agarraba con más fuerza del brazo. Su expresión, no obstante, era toda amabilidad cuando le presentó a la otra mujer.

—Encantada, querida —dijo Shannon Curtis Stein sonriendo con falsedad.

Su figura morena y delgada iba envuelta en un vestido negro de plena moda.

No obstante, demasiado escotado.

Al lado de todos aquellos pavos reales que paseaban sus mejores galas y sus cuerpos de gimnasio con completa confianza, Ava era como un soplo de aire fresco.

Había habido un momento, cuando habían entrado en aquel salón del Hilton, en que ella había dudado y, por un segundo, había puesto cara de pánico. Como era habitual, todas las mujeres iban vestidas con vestidos cortos y sandalias que dejaban al descubierto sus piernas o sus espaldas. En ocasiones, ambas cosas. En comparación con sus vestidos, el de Ava, que era largo y vaporoso, sin tirantes y de color plateado, era mucho más elegante. Incluso majestuoso. Él había ignorado el cosquilleo que lo invadía siempre que Ava estaba cerca y le había apretado la mano para tranquilizarla. Y cuando la había mirado a los ojos, había sabido que no iba a fallarle.

«Esta es mi chica».

Pensar aquello le había hecho dar un respingo. Una cosa era sentir admiración por ella, pero pensar que era suya cuando los dos sabían la verdad…

La vio levantar la vista y sonreírle con timidez. A pesar de que

su cuerpo estaba recto y que tenía los hombros echados hacia atrás, aquella sonrisa la delataba siempre.

No era una mujer que controlase la situación, estaba aterrorizada.

Había tardado días en darse cuenta de que Ava no era capaz de ocultar sus emociones, como él tampoco era capaz de seguir sin tocarla.

Ya tenía las cosas claras, y habría podido pasarse horas observándola. El contorno de sus hombros, el elegante cuello que quedaba al descubierto con aquel recogido. Mientras la miraba se le cayó un mechón de pelo, que le acarició el hombro como un suave beso.

—Necesitas un collar para este vestido —le susurró al oído—. Algo que quede… —pasó los dedos sensualmente por su clavícula— por aquí.

Ella se estremeció y él dejó la mano donde estaba y sonrió. Luego, se echó hacia delante, movido por una desesperada necesidad de seguir el camino de su mano, ignorando la presencia de Shannon, que había dado un resoplido de rabia antes de marcharse. Si recordaba bien, Ava hacía el sonido más erótico que había oído nunca cuando le pasaba la lengua por aquel trozo de piel…

Ella retrocedió, haciéndolo volver al presente. El ruido de la fiesta lo golpeó, como si se hubiese pasado, los últimos minutos aislado y, de repente, alguien hubiese conectado el volumen.

—¿Qué piensas? —le preguntó, recuperándose enseguida, aunque molesto al ver que tenía la voz ronca de deseo.

—Pienso que me siento como un loro sobrealimentado y despeinado.

Él la miró, confundido.

—No voy lo suficientemente maquillada, no soy lo suficientemente sofisticada.

—¿Bromeas?

—No —contestó ella con irritación—. Estas mujeres son todas perfectas. Pelo perfecto, cuerpo perfecto, sonrisa perfecta.

Cal no pudo evitar agarrarla por los brazos para obligarla a mirarlo.

—Di una.

—Lisette Warner —contestó ella sin dudarlo.

—Engaña a su marido.

Ava abrió los ojos con sorpresa.

—Joy Falkner.

—Es superficial y mala.

—Shannon Curtis-Stein.

—Ah, es evidente. Se ha aumentado el pecho.

Ava hizo una mueca.

—Pensé que a los hombres os gustaban así.

—No sé a los demás, pero a mí no me gustan las de silicona —contestó, mirándole el escote, recatado en comparación con muchos otros, pero suficiente para dejarle ver su piel cremosa.

Entonces recordó la suavidad de su piel, su sabor cuando la acariciaba con las manos, con la boca. No necesitaba abrir los ojos para ver cómo se habían endurecido sus pezones cuando se los había chupado. Incluso en esos momentos se marcaban de manera casi imperceptible bajo el ajustado satén de su vestido.

Se maldijo y cerró los ojos al ver que ella se ruborizaba.

—Confía en mí, Ava, la elegancia y el estilo siempre vencen a la carne. No es que haya nada de malo en enseñar un poco de carne… —bajó más la voz y se acercó a ella— llegado el momento.

Ella lo miró, tenía las pupilas dilatadas. Enseguida apartó la vista, pero su respiración entrecortada confirmó las sospechas de Cal.

Sabía muy bien cuándo una mujer estaba excitada. Casi podía olerlo en ella, por encima de aquella fragancia inocente y seductora que llevaba siempre. A pesar de las miles de razones por las que debía mantener las distancias, su cuerpo empezaba a sufrir por tenerla.

Había puesto límites en su relación y Ava había estado de acuerdo. ¿Cuándo habían empezado a rozarle las cadenas de aquella restricción? La noche anterior había tenido que controlarse para no tocar su pelo, para no ponerle la mano en el vientre, un vientre que se había redondeado en los últimos días. La cita con el ginecólogo sólo había hecho que fuese más consciente de que su hijo estaba creciendo en su interior.

Se había empeñado en mantener la distancia física, pero como cada vez que cometía un grave error, su perdición había empezado poco a poco. La noche anterior, cuando llegaban a la primera fiesta como pareja comprometida, había entrelazado los dedos con los suyos. Había sido un gesto realizado a regañadientes, para darle ánimos a ella. Un gesto mucho más íntimo que un beso. La vulnerabilidad de Ava le daba una lección de humildad y lo excitaba al mismo tiempo.

Así que había intentado poner a prueba sus límites mientras se mezclaban con la flor y nata de Sidney. Había esperado que ella se

apartase cuando le había acariciado el brazo, o cuando había jugado con su pelo. Ava se había sobresaltado las primeras veces, lo había visto en sus ojos, pero no había retrocedido. A juzgar por cómo había respondido su cuerpo, hasta le había gustado.

Le puso la mano alrededor de la cintura y la apretó contra su cuerpo.

—Cal…

—¿Qué? Somos una pareja felizmente comprometida. Se espera de nosotros que… —hizo una pausa y le acarició el codo— nos toquemos.

Ella intentó reír con naturalidad, pero se notó que estaba nerviosa.

—Me estás poniendo la piel de gallina.

Él sonrió, encantado con su turbación.

—Eso espero. ¿Qué perfume llevas?

Ava tembló al notar su aliento en la oreja.

—Ninguno. Nunca llevo perfume.

—Entonces, ¿por qué hueles tan bien? —le preguntó, hundiendo la mandíbula en su cuello.

Ava sintió calor, se le aceleró el corazón.

—Se llama aseo corporal —contestó con valentía—. Jabón, crema. Es… —tomó aire al sentir que sus labios le rozaban el cuello— de jazmín y melocotón. Cal, por favor.

—¿Umm?

Ava miró a su alrededor.

—La gente nos está mirando.

—No —la contradijo él agarrándola con más fuerza por la cintura y apretándola contra su cuerpo. Ella dio un grito ahogado al sentir su erección.

—Cal —repitió con firmeza, sin dejar de sonreír para tranquilizar a cualquiera que los estuviese observando—. Aprecio que actúes como si estuvieses felizmente comprometido, pero tienes que parar.

Todo su cuerpo se puso tenso.

—No sabía que mis atenciones te incomodaran.

Y con aquella frase, volvió a establecerse todo un universo entre ambos. Había dejado el brazo alrededor de su cintura, pero Ava se había dado cuenta del momento exacto en el que se había alejado de ella.

Levantó la barbilla, dispuesta a no demostrar su decepción. Aquélla era la vida real, no una película. Cal no iba a enamorarse de ella sólo porque estuviese esperando un hijo suyo. Más bien, las

circunstancias agravaban todavía más la desconfianza, y teniendo en cuenta lo que Isabelle le había revelado acerca de su pasado, no podía culparlo ni…

De repente, se sintió asustada y confundida. «No, no es posible. Cal Prescott no se enamora, y menos de alguien en quien no confía».

Cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro, movimiento que Cal no pasó por alto.

—¿Estás cansada?

Un segundo antes había estado distante, incluso enfadado. Y en ese momento parecía preocupado. Aquello le hizo sentir algo extraño que la sorprendió. ¿Acaso tenía celos de su futuro hijo? Era irracional y ruin, pero así era. El bebé que crecía en su vientre, y no ella, le provocaba respeto, ternura, preocupación. En cambio, ella podía haber sido una incubadora.

—¿Ava? ¿Estás bien?

Asintió, incapaz de hablar. La emoción le obstruía la garganta.

—De acuerdo —dijo Cal. Su mirada era inescrutable—. Nuestro vuelo es mañana a las ocho. ¿Quieres ir a casa?

«A casa». Ava miró a su alrededor, al montón de extraños que reían, bebían y hablaban, y sintió tal añoranza que le dolió el pecho.

—Sí, quiero ir a casa.

—Entonces, vamos —dijo él poniéndole la mano en la espalda.

Capítulo Siete

A la mañana siguiente, cuando estaba en el coche de Cal en el aparcamiento de VP Tech, Ava sintió la necesidad de ir al cuarto de baño.

Él le había dicho que tardaría sólo un par de minutos, pero ya hacía quince que se había marchado cuando el guardia de seguridad dirigió a Ava a los baños que había pasados los ascensores, al final del pasillo.

Ava se miró en el espejo del cuarto de baño. El dinero no debía cambiar a una persona, pero en ese momento, al ver reflejada a una mujer nueva y elegante, tuvo sus dudas. Su pelo, que solía ir recogido en una cola de caballo, estaba suelto y brillante. Los vaqueros desgastados habían sido reemplazados por un vestido camisero de manga larga que dejaba al descubierto sus piernas, que iban subidas en unos altos tacones. Su cara, su piel… se echó hacia delante y parpadeó bajo la implacable luz. Sus ojos parecían más grandes, sus labios, más carnosos, y el pintalabios rosa hacía juego con el vestido.

Se echó hacia atrás con el ceño fruncido. No era Ava Reilly, la hija de William y Bernadette, dueños de Jindalee. Era…

—La prometida de Cal Prescott —hizo una pausa para sonreír a su reflejo—.

Soy la señora Ava Prescott. La señora Ava Reilly-Prescott. Ugg —hizo una mueca de desagrado y empujó la puerta del baño con el hombro.

Estaba a punto de salir cuando la voz enfadada de Victor hizo que se detuviese.

—Ignoras mis llamadas y ahora me dices que te marchas —estaba diciendo Victor con desdén—. Esa mujer está arruinada. Eso debería decirte algo.

Ava contuvo la respiración, le ardieron las mejillas. Cuando Cal habló, también lo hizo enfadado.

—Lo que haga con mi dinero no es asunto tuyo, Victor.

—Pero lo que hagas con tu tiempo, sí. Hay una docena de reuniones importantes este mes, y tenemos que convencer a esos compradores estadounidenses —hizo una pausa antes de añadir en tono más calmado—: Sabes que tu tiempo es dinero. No te puedes ir al fin del mundo siendo el presidente. No es aceptable.

—Le dijo la sartén al cazo, Victor. Tú también has estado ausente, al menos tres veces en las últimas semanas.

—Eso no tiene nada que ver con la empresa —replicó Victor.

—¿Y con quién me case yo, sí?

Ava no quiso oír más, así que estiró los hombros, se puso las gafas de sol y cerró la puerta del baño con fuerza.

Tal y como había esperado, Victor y Cal dejaron de hablar cuando la vieron.

Ella sonrió.

—Hola, señor Prescott —lo saludó con frialdad—. ¿Cómo está?

—Bien.

Por una vez, el hecho de que el padre de Cal fuese seco con ella no la intimidó.

Durante los últimos días había aprendido a tratar con personas groseras, así que entrelazó su brazo con el de Cal en un gesto íntimo y natural.

—Había ido al baño —comentó, tendiéndole las llaves del coche.

A pesar de la ropa, sintió el inconfundible calor de su piel dorada justo antes de que su brazo se doblase. No obstante, su expresión era indescifrable, como si estuviese desconectado.

—Tómate otra semana para terminar ese… proyecto —dijo Victor por fin, casi sin mirar a Ava—, pero no olvides que VP Tech es tu prioridad.

—No hace falta que me lo recuerdes.

Ambos hombres se miraron a los ojos, pero Ava estaba demasiado inquieta como para darse cuenta. «Por supuesto que la empresa es su prioridad». Era una fantasía pensar que, durante los últimos días, Cal había empezado a creer que ella era incapaz de engañarlo y que ambos tenían la oportunidad de hacer que aquel matrimonio funcionase.

Se tragó el dolor que sentía y se tomó unos segundos para poner en orden sus ideas, para hacer que su expresión fuese neutral.

La voz ronca de Victor la hizo volver al presente.

—Isabelle quiere organizaros una fiesta de compromiso.

Cal hizo una mueca.

—No tengo…

—Vas a casarte y tu madre quiere celebrarlo.

Ava notó cómo Cal volvía a ponerse tenso justo antes de asentir y darse la vuelta para conducirla hacia la puerta.

—De acuerdo. Jenny te hará saber qué día nos viene bien. Ahora, si nos perdonas, tenemos que tomar un avión.

Dos horas más tarde, Ava observaba a Cal entrando en Gum Tree Falls, viéndolo a través de sus ojos por primera vez mientras lo atravesaban en coche: la calle principal tenía el esplendor típico de

aquella zona casi despoblada de Australia, con tiendas viejas y estropeadas por las adversidades meteorológicas, con los canalones rotos que flanqueaban la carretera llena de baches. A lo lejos se veían las colinas, cubiertas de árboles del caucho y matorrales, y las ovejas de pastoreo que formaban parte vital del pueblo.

Sidney parecía estar a un siglo de allí, no a media hora en avión y veinte minutos en coche desde Parkes, la ciudad más cercana que podía considerarse parte de la civilización.

Ava se puso a recordar y le faltó la respiración.

De repente, volvía a tener diecisiete años y estaba desesperada por escapar de las cadenas de su juventud. Si cerraba los ojos, podía oír el suave susurro de un millar de abejas zumbando en su cabeza.

—¿Qué significa Jindalee? —le preguntó Cal, interrumpiendo sus pensamientos.

Ella lo estudió con la mirada mientras conducía. Era la viva imagen de la riqueza, con sus gafas de sol, su seguridad y el coche de alquiler de alta gama.

—Es la palabra aborigen para decir «colina de un árbol». ¿Ves? —señaló hacia la casa principal y luego al enorme árbol que había a cien metros de ella—. Mi padre construyó en la única colina en la que no había que deforestar.

—¿Era conservacionista?

Ella hizo una mueca.

—No. Pensó que, cuanto menos trabajo hubiese, menor sería el coste.

Cal no dijo nada. Acababan de detenerse en la zona de aparcamiento, así que puso el freno de mano y apagó el motor. La última vez que había estado allí casi no se había fijado en nada, así que abrió la puerta y miró a su alrededor con detenimiento.

Por fuera, la casa encajaba a la perfección con el exterior: las paredes estaban hechas con largos tablones y el techo era ondulado y de color verde oliva. Un porche de madera rodeaba toda la construcción. Dos enormes maceteros llenos de flores flanqueaban las escaleras que daban a unas enormes puertas de madera. A la izquierda de la entrada había una pequeña mesa de hierro forjado y dos sillas; y a la derecha, una mecedora de madera con un cojín de colorines.

Mientras Cal se inclinaba para sacar las bolsas de viaje, las puertas se abrieron y apareció una señora bajita y mayor. Cuando se incorporó, Ava y la señora estaban enfrascadas en una conversación.

La mujer pasó la mano con cuidado por el vientre de Ava y le

dijo algo que la hizo reír. Aquello la relajó y él sintió que algo corría por su pecho. No obstante, cuando Ava se giró para presentarlo, se quedó donde estaba. Desde la noche anterior la tensión entre ambos había sido palpable y no quería aumentarla interrumpiendo aquel momento.

Avanzó por fin al ver que Ava fruncía el ceño.

—Cal, ésta es mi tía Jillian.

Jillian lo abrazó de manera cariñosa, sonriendo.

—Bienvenido a Jindalee, Cal. Ojalá hubieseis tenido más tiempo para instalaros antes de… —miró a Ava—. Lo siento, cariño. No sé cómo se ha enterado de que venías. No he conseguido que se marche…

—No te preocupes, tía Jill —le dijo Ava acariciándole el brazo. Luego miró a Cal y añadió—: Vas a tener un curso intensivo acerca de la curiosidad en los sitios pequeños.

Entonces, Ava miró por encima de su hombro y sonrió de oreja a oreja.

—¡Anne! ¿Cómo estás?

Cal se giró y vio a una mujer delgada, de mediana edad, bajando las escaleras.

Llevaba el pelo canoso recogido en un moño y se acercaba a ellos caminando rápidamente, con una sonrisa en los labios.

—¡Mírate, Ava! ¡Si estás hecha una muñequita de ciudad a punto de casarse! He oído que te has prometido con un hombre de Sidney y he venido a verlo con mis propios ojos.

Cal se fijó en que Ava se dejaba besar en las mejillas antes de apartarse, aunque la otra mujer ni se dio cuenta, ya que enseguida se volvió hacia Cal y continuó hablando.

—Estoy tan contenta de que Ava haya encontrado por fin a un hombre… No hace falta que te diga que era una rebelde. Nació y creció aquí, como yo, aunque ella fue una caja de sorpresas desde el primer día. Ha mantenido a todo el pueblo entretenido, pendiente de qué sería lo siguiente que haría —hizo una pausa para reír, sin darse cuenta de que sus palabras sólo le hacían gracia a ella—. A ver, cuando tenía cinco años le picó una viuda negra, al año siguiente, un perro pastor…

—Anne —la interrumpió Jillian, pero la otra mujer estaba inspirada.

—Con doce años se bañó en cueros en la presa. Y luego, pasó lo de Dean — añadió en voz baja—. Por no mencionar…

—Eso, mejor no mencionarlo —replicó Ava.

A Anne le sorprendió que la interrumpiese.

—¡Pero si al final todo ha salido bien! —añadió, abrazándola sin darse cuenta de que Ava no le correspondía—. Por cierto, soy Anne Flanagan.

Le tendió la mano a Cal, que le dio la suya.

—Cal Prescott.

—¿Prescott? —Anne sonrió a Ava—. Ya lo había leído, pero pensaba que era mentira. Le había dicho a Jillian que no podía ser nuestra Ava, con el multimillonario de VP Tech.

Cal no pudo evitar sonreír con satisfacción.

—Ese soy yo. Victor Prescott es mi padre.

Por un momento, pensó que la mujer se iba a desmayar, pero Jillian la agarró del brazo y la condujo hacia su coche.

—Son casi las nueve, ¿no tienes que ir a abrir la cafetería?

—¡Ah, sí! —exclamó Anne buscando las llaves en su bolso—. Cuando estéis instalados, venid y os invitaré a café y a unos bollos. No aceptaré un «no» por respuesta, Ava —abrió la puerta del coche y les sonrió a ambos—. Imagínate… un multimillonario. Lo has hecho muy bien, Ava. ¡Hasta luego!

Y desapareció dejando una nube de polvo tras de ella.

Cal se dio cuenta de que Jillian iba hacia la casa y los dejaba solos. Ava estaba inmóvil, dándole la espalda, mirando la carretera por la que se había marchado Anne. Hasta que otro coche apareció en la colina, rompiendo aquel extraño momento.

—Bueno —comentó ella—. Aquí llega tu equipo. Vamos dentro y pongámonos manos a la obra.

Sonrió de manera demasiado educada. Parecía tan sola y al mismo tiempo tan tensa que Cal sintió ganas de abrazarla.

—Ava.

—¿Qué? —preguntó mientras sacaba su bolso del coche de alquiler y se lo echaba al hombro antes de mirarlo.

Estaba muy guapa y elegante con aquel vestido rojo y el abrigo negro. Cal se dio cuenta de que estaba fingiendo que todo estaba bajo control a pesar de saber que no era así.

—Tendremos que utilizar mi despacho —añadió ella—. Seguro que Jillian se ha ocupado de hacer la comida y de pensar en los descansos.

Lo miró fijamente a los ojos, retándolo. Pero él suspiró y lo dejó pasar.

La vio subir las escaleras y la siguió con la mirada. No obstante, más tarde le pediría una explicación.

«Son clientes», intentó convencerse Ava mientras Cal y su equipo la seguían hacia las casas de invitados de Jindalee. «Sólo son

clientes que quieren ver el lugar».

No había necesidad de ponerse nerviosa. Consiguió mantenerse tranquila y profesional mientras les enseñaba las habitaciones, la cocina, el salón. Pero cuando llegó el momento de instalarse en su despacho y analizar lo que había hecho mal, notó un cosquilleo en el pecho.

Cuando hicieron una pausa para comer, Ava se quedó sentada en su sillón, dándole vueltas a todas las cosas que se habían dicho. Todo el mundo salió a comentar lo bonitas que eran las vistas, y Cal y ella se quedaron solos. El único ruido de fondo eran los golpecitos que ella estaba dando en la mesa con el bolígrafo. Cal levantó la vista, ella se ruborizó y tiró el bolígrafo encima de la mesa.

¿Cómo había podido temer perder el control de lo único que seguía siendo suyo? El equipo de Cal, formado por Judy Neumann, Magie Masón y Jack Porteli, era profesional y tenía experiencia. Le habían sugerido que cambiase ciertos colores, el menú, que crease una página web en *Internet* y una tarjeta de socio.

Tenía tanta información en la cabeza que se levantó a servirse un vaso de zumo.

Cal había dicho que aquella puesta a punto del negocio tendría todo su respaldo y crédito sin límite. Y ella se había dejado seducir por las ideas y la energía de su equipo. Y cuando había mirado a Cal, le había sorprendido verlo asintiendo de manera alentadora y sonriendo con satisfacción. También había participado en las discusiones, pero había sabido cuándo retirarse. Había hecho sugerencias, pero le había dejado a ella tomar las decisiones. Tenía una manera increíble de comportarse con su equipo, no reprimía su creatividad y les dejaba llevar el mando sin perder el control.

Tal vez fuese un loco de las tecnologías, pero también tenía un talento innato con las personas.

—¿En qué piensas?

Ava levantó la vista y se sobresaltó al ver que Cal se había puesto a su lado.

—Me sorprende que se les hayan ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo.

Estoy muy impresionada, pero…

—¿Qué?

—¿De verdad piensas que vender Jindalee como un balneario exclusivo para descansar funcionará? ¿No preferirán los ricos y famosos pasarse la noche de juerga en una gran ciudad?

Él hizo una mueca.

—Hay personas que quieren tener otras experiencias, conocer

esta parte de país.

—¿Con camas con dosel, colchones de plumas y tratamientos relajantes?

—Nuestro grupo de enfoque quiere la fachada, no la realidad. En Jindalee comerán, se les mimará y se les esperará con esto como telón de fondo —señaló el paisaje que se veía desde la enorme ventana.

—Pero lo que sugerís… —Ava se volvió hacia la mesa y tomó los planos—. Las salas de tratamiento, los baños de lodo, el balneario interior y las saunas… Doblaría el tamaño de Jindalee. Tendríamos que pedir permisos, y cerrar el negocio durante meses.

Cal se encogió de hombros.

—Los permisos no serán un problema, sobre todo, cuando vamos a crear empleo local. Y como vas a generar muchos beneficios, tampoco pasa nada por cerrar una temporada.

Ella se ruborizó.

—No se trata sólo de los beneficios, Cal. Para mí, este lugar es algo más que ladrillos y cemento.

Él se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la pared. Sus largos dedos golpearon con suavidad su bíceps, su expresión era pensativa. Ava habría podido perderse en sus ojos, inteligentes, calculadores, que le recordaban de manera constante las decadentes horas que habían pasado juntos.

—Entonces, déjame que convierta Jindalee en un lugar inolvidable —dijo Cal por fin.

Ava le dio la espalda a la ventana y guardó la botella de zumo en el armario.

—Ya es inolvidable.

—Pero no rentable, que es lo que necesitas.

Ella frunció el ceño, estudió su reflejo en el cristal tintado.

—¿Cuánto va a costar todo?

—No te preocupes —contestó él, mirándola a los ojos—. No falto a mis promesas, Ava. Dije que invertiría lo que hiciese falta.

Antes de que a ella le diese tiempo a contestar, Cal tomó su chaqueta.

—Vamos a hacer un descanso mientras me enseñas el pueblo.

—Dime que no acabo de estar en una dimensión desconocida.

Ava lo miró con expresión afligida mientras él le hacía subir las escaleras de Jindalee poniéndole la mano en la espalda, algo a lo que ella estaba empezando a acostumbrarse.

—Bienvenido a mi vida.

—Son como un montón de adolescentes cotillas. ¿Acaso no saben hablar de otra cosa que no sea de lo que hiciste hace diez años?

—Como hacer subir el precio de los alimentos, provocar una sequía… ¿Por qué hablar del último modelo de fusta para el ganado si es mucho más divertido apostar por cuál será mi próxima metedura de pata?

Sus pasos retumbaron en el suelo mientras se acercaba al largo banco de madera. Cal se dio cuenta de que tenía los hombros en tensión mientras se sentaba con un suspiro. Estaba tan dolida que hasta a él le dolían los músculos en solidaridad con ella. No era lo suficientemente dura como para jugar a chantajear a nadie. De hecho, todos sus actos decían lo contrario de todo lo que él había pensado.

Molesto, le preguntó:

—¿Por qué no te marchaste?

—Mi padre levantó Jindalee de la nada.

—Eso no es una respuesta —le dijo él, apoyándose en la barandilla del porche.

Ava suspiró.

—Estuve un par de años viviendo con tía Jill en Parkes, trabajando en su cafetería, pero echaba de menos esto. Mira a tu alrededor —señaló el paisaje con un rápido movimiento de barbilla —. Este lugar es… poderoso y modesto. Todo son extremos: un día tormentas eléctricas, al siguiente un sol maravilloso. Es acogedor, familiar. Precioso —lo miró a los ojos—. ¿Por qué me quedé? Por esto —señaló a su alrededor con la mano—. Es maravilloso disfrutar del amanecer sintiéndote como si estuvieses sola en el mundo, de la tranquilidad de las noches de verano. Es algo —hizo una pausa, intentó encontrar las palabras—… casi espiritual —sonrió con timidez—. No se me dan muy bien las descripciones, ¿verdad?

—Es como encontrar la paz en la tierra.

Ava asintió, atónita con su imagen.

—Eso es. Lo importante es la tierra, no las personas del pueblo.

—¿Y por qué no les das algo positivo de lo que hablar? Hagamos que Jindalee sea ese algo, Ava —añadió en tono serio.

Ava tragó saliva. La autoridad y la confianza que había en su mirada eran peligrosamente hipnóticas. Pensó que así era como se sentía uno cuando lo rescataban. Se sintió como una doncella del siglo XV salvada de los invasores por un fuerte y heroico caballero.

Sólo pudo asentir. Entonces, se oyó un trueno a lo lejos y se

obligó a mirar hacia el horizonte.

—Va a llover —dijo, levantándose y yendo hacia la puerta. Sintió un cosquilleo por toda la piel cuando él la siguió y todo su cuerpo cobró vida a pesar de su desesperación por ignorar aquella sensación.

Si la mañana había sido un torbellino de emociones, el resto del día fue una tortura. Cuando miraba a Cal, Ava sólo podía pensar en sus labios besándola.

Recordó cómo había utilizado su arrolladora presencia para evitar las preguntas en el pueblo. Sus manos aparecieron en la línea de visión de Ava. Eran unas manos de dedos largos y provocadores que sabían cómo tocar. Cómo acariciar. Ni siquiera podía dejar de pensar en él mirando por la ventana porque seguía oyendo su voz dulce como el caramelo, el chocolate y la miel, pecaminosa y líquida, que le recordaba de manera constante sus propios suspiros de satisfacción.

La reunión terminó por fin a las seis. Cal estaba en el despacho, así que Ava se despidió de todo el mundo con un apretón de manos y una enorme sonrisa, dándoles las gracias por sus esfuerzos. No obstante, en cuanto cerró la puerta, se sintió agotada.

Cal la encontró allí, apoyada en la pesada puerta con la frente en la madera. Se había quitado los zapatos y se había puesto unas cómodas zapatillas de casa, estaba remangada y hacía tiempo que no le quedaba pintalabios. Se había recogido el pelo en una cola de caballo de la que salían algunos mechones.

Él sintió que el presente embestía al pasado y que el deseo lo invadía. Durante toda la tarde, había notado que ella lo miraba, como estudiándolo, pero siempre que levantaba la mirada, ella la apartaba.

—¿Estás bien?

Ava se incorporó, casi como si se sintiese culpable, antes de volverse hacia a él y arreglarse el pelo.

—Sólo estoy cansada.

—Entonces, ven y siéntate.

Ella miró su mano estirada y retrocedió. Había duda en su rostro y eso hizo que a Cal se le encogiese el estómago.

—Ven.

A regañadientes, Ava tomó su mano. Él sintió calor al atrapar sus dedos fríos.

—¿Tienes hambre? —le preguntó ella mientras iban hacia el

salón.

Cal sintió que le latía el pulso con fuerza bajo sus dedos.

—La verdad es que no. ¿Y tú?

—Mucha —admitió con una breve sonrisa.

Él cambió de dirección y fueron a la cocina. Cal sacó una silla y le hizo un gesto para que se sentase. Luego, abrió la nevera.

—No tienes que cocinar para mí. Puedo…

—No —contestó él negando con la cabeza—. Creo que seré capaz de calentarte algo en el microondas.

Ava le devolvió la sonrisa, una respuesta inocente que le aceleró el corazón.

—Hay sopa en la estantería de abajo —le indicó ella.

Diez minutos más tarde le estaba poniendo en la mesa una sopa caliente de tomate y una gruesa rebanada de pan. Desde la noche anterior había empezado a recordar más cosas, cosas que eran todo lo contrario de lo que había pensado de ella en un principio. No era sólo su elegancia innata, la expresión de sus ojos. Eran sus movimientos breves y naturales, como cuando se echaba el pelo hacia atrás con nerviosismo, o cuando erguía los hombros con determinación.

Si hubiese estado actuando todo el tiempo, a esas alturas ya habría cometido algún error.

—Hay algo que me corroe.

Ella lo miró. Estaba a punto de llevarse la cuchara a la boca.

—¿Acerca de qué?

—De ti.

Ava se ruborizó y volvió a dejar la cuchara. Esperó su siguiente movimiento.

—Háblame de tu hermana —le pidió Cal por fin—. ¿Cómo era?

Sus ojos reflejaron varias emociones antes de que Ava las volviese a ocultar.

—Grace era… —sonrió—. Preciosa. Desenvuelta. Educada. Quería ser diseñadora de moda, pintora, veterinaria. Al final se había decidido por la psicología.

Y habría sido buena en todo ello. Irradiaba buen humor y alegría. Todo el mundo la adoraba. Era la buena, el ángel.

—Y tú, no.

Ava removió la sopa con la cuchara, ausente.

—Era su polo opuesto.

—Te culparon de su muerte.

Cal la miró a los ojos, la vio asentir, como si acabase de tomar una decisión importante.

—El accidente fue culpa mía. Estaba oscuro e iba muy deprisa.

Bajo aquella imagen de fragilidad, Cal reconoció en ella la desesperada necesidad de pertenecer a algo, de ser aceptada por ser quien era, no por lo que había hecho, ni por quién había sido su padre. Sorprendido, Cal se reconoció a sí mismo con doce años, cuando lo sacaron de su vida mediocre y lo transportaron a un universo distinto gobernado por la riqueza y el privilegio. Sí, en Sidney también había personas cotillas, pero el dinero siempre hablaba más alto que ellas. El apellido Prescott exigía un respeto. Allí trataban a Ava como a una niña inadaptada, y sacaban a relucir sus errores en tono de humor, pero impidiéndole que los olvidara.

Había habido una época en la que a él le había importado muy poco lo que los demás pensasen de su persona, había estado desesperado por tener la figura de un padre, por abrirse camino solo, por ser alguien. Le asombró darse cuenta de que, gracias al ultimátum de Victor, todavía estaba intentando demostrar quién era.

—Mi padre dejó de hablarme —añadió Ava—. Estuve viviendo con Jillian durante cinco años, hasta que mi madre enfermó.

—¿Te echó de aquí por el accidente? —le preguntó Cal frunciendo el ceño.

—No, me echó dos meses antes, cuando me negué a dejar de ver a un chico que a él no le gustaba. Lo de Dean —le aclaró, cruzando los brazos encima de la mesa—.

Un día convencí a Grace para que se viniese conmigo de compras. La traía de vuelta a casa, era tarde y ya había anochecido. Aceleré demasiado y acabamos en la cuneta.

Ava tomó aire, se dio cuenta de que Cal tenía el ceño todavía más fruncido, pero no podía dejar de hablar. No eran los recuerdos los que la ponían triste, sino su incapacidad para cambiarlos. No obstante, él había empezado aquella conversación y ella no sabía cómo pararla, tenía que contarle toda la dura verdad.

—No recuerdo nada del accidente. Me di un golpe en la cabeza con el volante —se frotó la frente, negándose a que aquellas desgarradoras memorias la dominasen—, pero cuando me desperté en el hospital, yo tenía el brazo roto y Grace estaba muerta.

—Y tu padre te echó de su vida.

Ava negó con la cabeza.

—Tienes que entender que era un hombre que gobernaba a su familia con una gran disciplina y pocas recompensas emocionales. Había sido soldado. Nunca mostraba debilidad ni afecto, y pensaba que sólo las mujeres pedían perdón. Siempre chocamos —sonrió—.

Y yo hice muchas cosas sólo para fastidiarlo. Grace… — sacudió la cabeza—. Grace era la pacificadora. Odiaba los conflictos y siempre intentaba convencerlo de que hablase conmigo. Entonces ocurrió el accidente, y después a mi madre le diagnosticaron un cáncer.

—¿Te pidió él que volvieses a casa?

Ava asintió, recordó a su orgulloso padre humillado por la incómoda realidad de la sentencia de muerte de su madre.

—A pesar de sus defectos, quería a mamá. Habría hecho cualquier cosa por ella y lo único que ella quería era una tregua antes de morir.

Hubo un breve silencio, hasta que Ava le preguntó: —¿Estás seguro de que no tienes hambre? ¿Quieres beber algo? ¿Un café? —sonrió con ironía—. No es como los de Sidney, pero es bastante bueno —se levantó y le costó respirar.

Cal se puso en pie inmediatamente, la agarró del brazo.

—¿Qué te pasa?

—Me ha dado un calambre.

—Tienes que levantar las piernas.

Ava no protestó, estaba agotada. Permitió que Cal la llevase al salón y la ayudase a sentarse con las piernas apoyadas en una otomana.

Ella suspiró, le dio las gracias con un murmullo, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Capítulo Ocho

Unas horas más tarde, Ava se despertó, sobresaltada. Alguien había encendido el fuego, que ardía alegremente en la oscuridad. Cambió de postura y se dio cuenta de que estaba tapada con una manta.

—Te has despertado.

Cal estaba sentado en el sofá, enfrente de ella. Llevaba la camisa remangada y se había quitado la corbata. Había un montón de papeles encima de la mesita de café y él estaba echado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. ¿Había estado observándola mientras dormía? Ava sintió calor en las mejillas y apartó la manta.

Notó un cosquilleo en las piernas. Él seguía mirándola.

—¿Te importaría parar? —le pidió.

—¿Qué?

—De mirarme.

Él sonrió, lo que hizo que Ava se volviese a sonrojar.

—¿No te gusta que te miren?

—Me pone nerviosa —más que eso, la excitaba. Intentó no recordar, pero era como nadar en el barro. Tragó saliva y se obligó a respirar con naturalidad.

Conocía aquella mirada profunda, de deseo. Ya se había apoderado de su sentido común en una ocasión, nueve semanas antes.

Se frotó los ojos.

—¿Has comido algo? —le preguntó.

—Sí.

Bajó los pies al suelo y agradeció que la madera estuviese fría.

—No tenías que esperarme despierto. Puedo enseñarte tu habitación si…

—Ava —la interrumpió—, no hace falta que lo hagas tú todo.

Aquello la confundió, aunque fue la tristeza de su rostro lo que más caló en Cal.

—Tengo que hacerlo —lo contradijo ella.

—¿Por qué?

Ava dudó.

—Porque, si no, nadie lo hará.

Cal se levantó en la oscura habitación, cuya paz sólo rompía el crepitar del fuego.

—Bueno —dijo Ava, apartándose un mechón de pelo y sonriendo con timidez—. Hasta mañana.

Él vio vulnerabilidad y determinación en sus ojos antes de que

Ava rompiese el contacto visual. Había apartado la mirada como si sus sentimientos fuesen motivo de vergüenza, algo que debiese ocultar.

Él no pensó, no dudó. Sólo se movió.

Cuando la abrazó, Ava se puso tensa, resistiéndose al principio, pero no lo suficiente para contrarrestar su insistencia.

—No voy a irme a ninguna parte —murmuró él.

Por el momento. Ava se perdió en un instante de debilidad. Le gustaba sentir los brazos fuertes y calientes de un hombre a su alrededor. Le hacía sentirse a salvo, bien, le hacía sentirse protegida y amada. Habría deseado quedarse así para siempre.

Algo cambió en su interior, algo que no era capaz de describir. Por primera vez en su vida, le daba la sensación de que tenía a alguien de su parte. Se sentía defendida. Querida.

No sabía cuándo había cambiado todo, sólo sabía que había cambiado. Él la había abrazado para reconfortarla, y lo había hecho durante unos segundos, pero cuando había levantado la cabeza de su hombro, algo había cambiado. Tal vez fuese la manera en que él la miraba. O que se había cansado de luchar contra sí misma.

Fuese cual fuese el motivo del cambio, levantó la cabeza hacia él y susurró: —Bésame.

Y él lo hizo. A Ava casi no le dio tiempo a arrepentirse, ni a pensárselo mejor, antes de que su erección chocase contra ella y su boca la poseyera con intensidad.

La sangre corrió con fuerza por sus venas. Medio gimió, medio suspiró contra sus labios, lo que pareció alentarlo, porque ladeó la boca para llegar más hondo, le separó los labios con la lengua. Ava no supo si eran las hormonas o puro deseo. No le importaba. Puso los brazos alrededor de su cuello y se echó hacia delante para ofrecerse a él. Cuando sus pechos, llenos y vibrantes, chocaron contra el duro muro de su torso, gimió de placer.

Era lo que había querido, lo que había anhelado desde que lo había visto aparecer en su puerta.

Empezó a sentir calor en el vientre, un calor que fue extendiéndose por todo el cuerpo, calentándole la piel. Él pareció sentirlo, porque dejó de besarla para acariciarle el escote antes de descender por los brazos hasta llegar a sus caderas.

Ava se estremeció de deseo. Le acarició los hombros y luego metió los dedos por debajo de las mangas, suspirando al tocar los fuertes músculos que se escondían bajo la prenda de algodón. Se sintió como drogada, sin nada de fuera en las extremidades, se sintió deseable, deseada. Y también lo deseaba a él.

Cal le agarró el trasero con un solo movimiento y la apretó contra su cuerpo, contra la erección de la que sólo la separaban dos finas capas de tela.

Dejó de agarrarla para acariciarla. Cal sólo podía sentir las deliciosas curvas de Ava bajo sus manos, sus pezones erguidos contra el pecho. Su increíble olor lo invadió.

La sangre le corría tan rápidamente por las venas que amenazaba con demoler la promesa que había hecho. Entonces, ésta se encendió en él como una cerilla. Él no quería pensar en ello, no lo necesitaba, pero no podía ignorarlo.

Cuando, de repente, Cal rompió el beso, respirando con dificultad, Ava murmuró su decepción.

Se acercó a él buscando su boca, pero él giró la cabeza y la soltó. Rechazada, retrocedió.

Cal clavó sus ojos, misteriosos e insondables, en los de ella. Luego se frotó la barbilla con una mano.

—Estoy intentando mantener mi promesa, pero tú no deberías empezar algo que no quieras terminar.

Ava abrió la boca para protestar, pero no le salió nada. En su lugar, notó que le quemaban las mejillas y retrocedió más.

—Sentí… Necesitaba… —hizo una pausa. La cabeza le daba vueltas.

Por fin tomó aire y puso los hombros rectos.

—Lo cierto es que tengo miles de millones de hormonas corriendo por mi interior. Náuseas, retención de líquidos… —tomó un mechón de su pelo y se lo enredó en el dedo—. Hasta mi pelo ha cambiado. Sí, me siento atraída por ti, pero no esperaba… —«desearte de esta manera». ¿Cómo iba a admitir aquello?

—Ya veo. Entonces, ¿qué quieres hacer?

—No lo sé.

A Cal le dieron ganas de gritar. Hacía mucho tiempo que no creía en la honradez y bondad de nadie, en que hubiese personas que no pidiesen nada a cambio de lo que ofrecían. La miró a los ojos y vio confusión en ellos. No estaba acostumbrado a privarse de nada. Si le ofrecían algo, iba a por ello. Ava se lo estaba ofreciendo, aunque, sorprendentemente, todavía no estaba convencida.

Intentó retomar el control de su cuerpo y fue hacia la puerta pensando en darse una larga ducha fría.

—Buenas noches, Ava.

—Cal, espera.

Se quedó donde estaba al oírla. Deseó retomar su encuentro donde lo habían dejado.

—¿Qué?

Se giró hacia ella, que estaba ruborizada, pasándose los dedos por el pelo.

Parecía tan insegura y estaba tan guapa al mismo tiempo, que Cal tuvo que humedecerse los labios con la lengua. Y, de repente, todo se aclaró.

—¿Sabes lo que pienso?

Nerviosa y todavía aletargada por la pasión, Ava sólo consiguió susurrar: —¿Qué?

—Que te deseo —hizo una pausa y vio que ella contenía la respiración—.

Quiero tenerte en mi cama. Debajo de mí —sonrió de manera sensual—. Encima de mí —añadió muy despacio, mientras avanzaba—. Quiero oírte gemir, besarte… en todas partes.

—¿Qué… estás haciendo?

—Estoy harto de esperar a que me lo pidas.

Ava gimió y avanzó también, encontrándose con él en el medio del salón. Se besaron y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no rogarle que la hiciese suya allí mismo, en ese momento.

Cal notó que se ponía tensa bajo sus manos, pero se concentró en el beso. A pesar de que conocía todos los rincones de su cuerpo, nunca habían compartido un beso así. Nunca se habían besado de manera tan dulce y excitante al mismo tiempo.

Apartó los labios de su boca y recorrió su cuello antes de llegar a la oreja.

Ella gimió.

—¿Dónde está tu habitación?

Consiguieron atravesar el pasillo y llegar hasta la habitación de Ava, que estaba en la parte trasera de la casa. Todavía no había cerrado la puerta cuando Cal tomó el control, empujándola contra la pared y apretando su pecho contra los de ella, haciéndola estremecerse de deseo. Luego, le agarró la cara y la besó de nuevo.

Ava sintió cómo explotaban los efectos de aquel abrumador beso en sus venas.

Llevaba mucho tiempo resistiéndose a aquellos labios, a aquella boca. ¿Y para qué?

Sus brazos la inmovilizaban, pero se sentía segura. Su boca la devoraba, pero se sentía querida. Su erección se le clavaba en el estómago, y ella se sentía deseada.

Cal abrió la boca de Ava con un profundo gemido, como si la idea de que no lo dejase entrar en ella fuese posible. No lo era. Ava quería su boca, su lengua, sus caricias. Estaba tan concentrada en el

beso que casi se sobresaltó cuando notó que le desabrochaba el vestido. Sus manos calientes pronto reemplazaron la sensación de frío. Ella gimió y ladeó la cabeza, abriendo más la boca a su lengua invasora.

Él murmuró algo con voz ronca y aquello le hizo sentir calor entre las piernas.

Ava recordó que sus cuerpos encajaban a la perfección. Eran pura poesía en movimientos, dos bailarines bailando al mismo son, siguiendo unos pasos que conocían de memoria. La noche que habían pasado juntos no había sido sólo una locura que a ella le había parecido la cúspide del placer. Lo había sido todo y mucho más.

Ardía en deseos por acariciarlo, por sentir la textura de su piel, que quemaba bajo sus dedos, su boca, su lengua. Intentó desabrocharle la camisa a tientas, hasta que Cal se apiadó de ella y se la arrancó.

Ava dio un grito ahogado al ver saltar los botones, pero él sonrió con malicia, de manera muy sensual y, de repente, estalló algo en su interior.

Debió de notársele en los ojos, porque Cal la dejó caer en la cama sin separar sus labios de los de ella. Enseguida le bajó el vestido y le lamió el pecho a través del sujetador.

Ava arqueó la espalda, sintiendo que todas sus terminaciones nerviosas vibraban. Era intenso, insoportable. Lo agarró, se preparó para apartarlo, pero Cal se le adelantó y le puso las manos encima de la cabeza.

—¿Te gusta?

Ava intentó recobrar el aliento. Tenía los ojos muy abiertos y sonreía.

—Demasiado.

Él sonrió más.

—Así que, si, por ejemplo, hiciese esto… —se inclinó y apartó el sujetador con los dientes— y luego esto… —lamió su pezón endurecido y luego sopló en el mismo lugar—, ¿qué te parecería?

Y se lo preguntaba con aquella voz tan profunda y seductora, que hacía que le temblasen las piernas con la promesa de horas de fabuloso placer. Ava gimoteó, balanceó suavemente las caderas, pero lo único que consiguió fue que su erección encontrase un lugar mejor entre sus piernas.

—Sabes que es mejor que bueno —le susurró, echando la cabeza hacia atrás, frustrada y excitada, pero evitando sus ojos.

La risa de Cal le recorrió la piel un segundo antes de que le

cubriese el pezón con la boca.

Ella se resistió, pero fue inútil. Lo deseaba. Todo su cuerpo temblaba bajo su boca. Bajó la vista y vio que Cal la estaba mirando fijamente mientras seguía agarrándole un pecho con la boca, y acariciándole el otro con el dedo pulgar.

—Cal, por favor —le suplicó. Ya le daba todo igual—. Te necesito.

—Espera.

Él también la deseaba, pero continuó con la exploración. Tomó su pecho con la mano antes de recorrerle aquel erótico valle a besos y la acarició antes de rodear su pezón con la lengua y metérselo en la boca.

Estaba disfrutando viéndola retorcerse, presa de la pasión, hasta que la oyó contener la respiración y gemir con frustración. Y, de repente, su deseo se multiplicó por dos.

—¡Cal… por favor!

Él apretó los dientes. Estaba desesperado por mantener el control. Metió la mano por debajo del vestido y le bajó las braguitas.

Ava consiguió desabrocharle los pantalones y bajarle la cremallera antes de que Cal se pusiese de pie y se deshiciese de ellos y de los calzoncillos. Luego gimió y volvió a su lado en la cama.

—Date prisa —le pidió ella.

De un solo empellón, le separó las piernas y la penetró.

Empezaron a respirar con dificultad, a la vez. Cal la agarró por el trasero y empezó a moverse.

Hablaron en murmullos y suspiros. Y poco a poco fueron adaptando su ritmo el uno al otro. Ava sintió una deliciosa ola de placer. El cuerpo de Cal era grande y duro, pero encajaban a la perfección, como dos piezas del mismo puzzle.

Él le agarró las manos por encima de la cabeza y aceleró el ritmo y Ava se entregó.

Cal se inclinó a besarla una vez con rapidez, luego otra. Más abajo, entre las piernas, Ava sintió cómo su miembro entraba y salía. Al principio con cuidado y luego, como si todos sus movimientos tuviesen como finalidad darle placer.

Levantó las caderas para que entrase más y él se lo agradeció con un gemido que salió de su interior.

Cal estaba llegando al límite, demasiado pronto.

Ambos estaban sudando y cuando Ava levantó la cabeza para morderlo en el hombro, estuvo a punto de perder el control, pero la

empujó con cuidado hacia atrás, apretó los dientes y siguió moviéndose.

Se dio cuenta de que Ava estaba llegando al clímax. Sus músculos más íntimos lo apretaron y él se aferró a la poca fuerza de voluntad que le quedaba, decidido a asegurarse de que ella terminase antes. «Espera… espera…».

Entonces, ocurrió. Ava abrió mucho los ojos, su respiración se convirtió en unos pequeños jadeos y su calor lo envolvió por completo. Cal soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta y se movió dentro de ella una vez, dos.

Mientras Ava disfrutaba del momento, sintió la respiración caliente de Cal en la oreja, su gemido al llegar también al clímax antes de desplomarse sobre ella y abrazarla.

Ava se dio cuenta de que ambos respiraban con fuerza y empezó a volver a la Tierra. Como no quería estropear el momento, le acarició los hombros y la erótica curva del trasero.

—Victor y yo tenemos muy pocas cosas en común —dijo Cal de repente, en la oscuridad—. Así que me relaciono con él a través de la empresa. Como los niños que practican un deporte sólo por complacer a sus padres.

Ella se apartó y buscó sus ojos bajo la suave luz de la luna.

—Es vuestra conexión. No hay nada de malo en ello.

Se dio cuenta de que él había cerrado los ojos y supo que estaba a punto de contradecirla. Contuvo la respiración y se preguntó si Cal sería capaz de expresar en voz alta algo tan privado.

Entonces sonó su teléfono y rompió el momento. Cal suspiró y se apartó de ella.

Se levantó golpeando el suelo enmoquetado con los pies y Ava se dio cuenta de cuál era su aspecto. Tenía el vestido bajado hasta la cintura y los pechos al descubierto.

Ruborizada, se sentó y metió las manos por las mangas. Luego intentó abrochárselo con dedos temblorosos.

Cal colgó el teléfono.

—Tengo que volver a Sidney.

—¿Esta noche? —preguntó ella. No levantó la mirada hasta que se hubo abrochado el último botón.

Se miraron durante varios segundos, segundos en los que llegó el inevitable arrepentimiento y las dudas.

¿Por qué no decía nada Cal?

—Está bien, tienes que irte, lo entiendo —consiguió decir ella con toda la tranquilidad que pudo, aunque las preocupaciones que habían desaparecido al hacer el amor con él volvieron a acecharla.

—Ava, yo… —Cal hizo una pausa, suspiró y empezó de nuevo —. Mira, lo que…

—No, no digas nada —Ava vio dónde estaban tiradas sus braguitas y las recogió del suelo—. Hemos tenido sexo. Nada más — intentó hablar con naturalidad, aunque estaba temblando por dentro.

—Tonterías.

Aquello casi la derrumbó, pero el orgullo la obligó a mantenerse tranquila.

—Tiene que ser así. Mira, Cal, deja que te ponga las cosas fáciles. Lo que hemos hecho no tiene por qué significar nada. Sólo somos dos personas que disfrutan del sexo.

Había frustración en la expresión de Cal, y algo en sus ojos que no pudo descifrar. No obstante, guardó silencio, sólo la observó de manera demasiado intensa, demasiado íntima, demasiado… todo, después de lo que acababan de hacer.

—Tienes que marcharte —le recordó.

Ava fue hacia el cuarto de baño, preguntándose si intentaría detenerla. Para su alivio, la dejó marchar.

Al meterse en la ducha y notar los chorros de agua caliente cayendo sobre su piel, cientos de ideas contradictorias la asaltaron. ¿Qué había hecho? Una noche de pasión prohibida era algo que se podía perdonar, incluso entender, dadas las presiones de su vida, pero, ¿dos? Y con un hombre con el que sabía que no debía encariñarse.

No podía cambiarlo, pero tampoco podía evitar desearlo. La prueba estaba en que habían hecho el amor, y en la llamada de teléfono. Ella no tenía derecho a intentar cambiarlo. Pensar lo contrario habría sido engañarse a sí misma. Amar significaba aceptar los defectos de la otra persona así como sus virtudes, no sentirse infeliz…

El bote de champú se le cayó de la mano al darse cuenta de lo que pasaba.

No. Nooooo…

Estaba enamorada de él. ¿Cómo había podido pasarle algo así?

Sorprendentemente, la carga de Ava se volvió más pesada con la distancia. Su ausencia la obligó a volver a pensarlo todo.

Estuvo días con dudas e incertidumbre, relajándose sólo cuando el equipo de Cal llegaba a Jindalee para hablar de los cambios.

Enseguida llegó el jueves por la noche y un lujoso coche la dejó

en casa de Cal.

En la acera, delante del complejo de apartamentos, permitió por fin que la emoción la invadiera. Y la invadió de tal manera, que casi la ahogó.

Apretó los dientes y cerró los puños en los bolsillos del abrigo. Desde el lunes, había recibido dos correos electrónicos, el primero de Jenny, la secretaria de Cal, para confirmar que el equipo de diseño había llegado. El segundo, de él, enviado a altas horas de la noche, preguntándole por el bebé y para confirmar cuándo volvía. No la había llamado por teléfono, ni le había hecho ninguna pregunta personal acerca de su salud o sus sentimientos.

El trabajo se lo había vuelto a llevar.

Gimió y cerró los ojos.

No podía venirse abajo. Tenía que pensar en el bebé. Un bebé que era suyo y de Cal. Un bebé que deseaba tener, al que ya quería. Si no podía tener el amor de Cal, al menos, tendría a su hijo.

Aunque no sabía si sería suficiente.

—¿Señorita Reilly?

Miró al chófer, que le estaba sujetando las puertas para que entrase. Una corriente de aire frío le provocó un escalofrío y la hizo avanzar.

Ya era hora de centrarse, de pensar en Jindalee. Y también de pensar en el futuro del bebé. Si Cal quería una esposa perfecta, si tenía que disfrazarse y actuar, lo haría. Si tenía que ignorar los placeres que habían compartido y controlar sus deseos de tocarlo…

Eso no sabía si sería capaz de hacerlo, no hasta que tuviese que volver a enfrentarse a ello. Lo que no iba a hacer era planearlo como si fuese una reunión de negocios.

Le dio las gracias al chófer y llamó el ascensor.

Cuando las puertas se abrieron en el ático de Cal, la única luz encendida era la del acuario.

—¿Cal?

El silencio era absoluto. Decepcionada, dejó su bolso al lado del sofá y se quitó el abrigo.

Entonces, empezó a sonar su teléfono móvil. La llamaban del despacho de Cal.

—¿Señorita Reilly? Soy Jenny.

—¿Sí? —dijo ella mientras se sentaba en el brazo del sofá para quitarse las botas.

—El señor Prescott llegará tarde y me ha pedido que le diga que no lo espere levantada.

—De acuerdo.

—También, que la fiesta de compromiso tendrá lugar el tres de julio.

—Bien.

Jenny hizo una pausa, como si esperase algo más de ella, luego añadió en tono agradable:

—Buenas noches, señorita Reilly.

—¡Espera! ¿Jenny?

—¿Sí, señorita Reilly?

Ava dudó, pero la curiosidad pudo con todo lo demás.

—¿Va todo bien? Sé que están probando la resistencia de One-Click a varios virus, y que hay uno nuevo por ahí rondando… —se mordió el labio y esperó a que Jenny continuase.

—Sí, hemos conseguido contenerlo, pero el señor Prescott está trabajando contra reloj para encontrar un antivirus.

La respuesta debía haberla tranquilizado, pero no fue así. Cal no sólo la estaba evitando, sino que estaba trabajando y ella estaba sola y esperándolo. Un inquietante presagio de lo que la esperaba en el futuro.

De manera automática, se preparó un chocolate, lo que la ayudó a descansar la mente. No tenía derecho a estar enfadada, pero eso no aliviaba el dolor de su corazón. Lo que habían compartido en Jindalee había sido sólo sexo. Lo habían hecho sin pensarlo. Y había sido excepcional.

No obstante, eso no cambiaba el hecho de que el trabajo fuese lo primero para Cal y que sólo quisiese casarse con ella por el niño. Ava tenía que metérselo en la cabeza si quería pasar por aquel matrimonio con el corazón intacto.

Sobreviviría si tenía que hacerlo. Y era demasiado pronto para determinar si la situación sería permanente.

Su hijo no tendría un padre ausente. De eso, nada. Ella prefería sufrir el inimaginable pero momentáneo dolor de un divorcio antes de hacer sufrir a su hijo años de desgarradora decepción.

Capítulo Nueve

Dos semanas más tarde, la víspera de la fiesta de compromiso, Cal observó por la ventana de VP Tech la tormenta que oscurecía las vistas.

Apartó la mirada de la ventana para asimilar el silencio de su despacho.

No se oían los repentinos gritos de las rosellas, ni el pitido del reloj de cocina.

Respiró hondo. El café que había hecho una hora antes había dejado huella, pero, aparte de eso, nada. No olía a galletas, ni a carne asada. En comparación con Jindalee, todo estaba ordenado, en su sitio.

Ava había estado evitándolo, y no sólo físicamente.

—Tenemos que hablar —le había dicho él una mañana.

Y ella lo había mirado con curiosidad y había sacudido la cabeza.

—No tenemos nada que decirnos —había contestado antes de salir por la puerta para ir a dar otra entrevista.

Para su sorpresa, había aprendido a manejar con soltura a los medios de comunicación y respondía a todas las preguntas con gracia y aplomo. Incluso cuando alguien especulaba acerca de cómo se habían conocido o de cuál sería su papel en la familia Prescott, Ava no se inmutaba.

Se frotó la barbilla y suspiró. Si antes odiaba las fiestas, en esos momentos, todavía más. La sonrisa de Ava era demasiado brillante, su mirada, demasiado controlada. Se estaba convirtiendo en lo que él había creído al principio que era, y lo odiaba.

La semana anterior había contratado a alguien para que organizase la boda.

Movió el ratón del ordenador por el escritorio y juró. Tampoco su trabajo lo complacía ya. Victor le exigía que trabajase cada vez más horas, mientras que él volvía a marcharse de viaje al extranjero. Había tenido que empezar a trabajar también los domingos, cosa que le había molestado mucho, aunque Ava no había puesto pegas a su ausencia. Su silencio lo había dicho todo.

En comparación con aquello, Jindalee estaba avanzando a pasos agigantados. Se dejó caer de nuevo en su sillón y se masajeó los músculos del cuello con una mano.

Para su sorpresa, se había implicado emocionalmente en el proyecto. Le satisfacía dirigir un grupo pequeño de personas y darles ideas. Ir allí era para él una alegría, no una obligación, aunque fuese muy egoísta por su parte. Porque en Jindalee tenía a

la Ava de verdad, a la mujer que contagiaba emoción, a la mujer que lo movía, que lo hacía sentirse útil a pesar de demostrar su independencia. A pesar de todo, él quería que lo necesitase.

Agotado, cerró los ojos e ignoró el teléfono que sonaba encima del escritorio.

Ava tenía razón. Era el esplendor de aquella tierra, la paz y la tranquilidad que se respiraba lo que lo atraían.

El teléfono siguió sonando. Cal juró entre dientes y respondió. No había pasado ni media hora cuando su mente volvió a perderse.

Desde la noche que habían compartido en Jindalee, no había ocurrido nada que indicase que Ava quisiese volver a tenerlo en su cama. Durante la semana, él no había parado de trabajar en VP Tech, y Ava había estado en Jindalee. Cuando estaban juntos, no estaban a solas. Y en Sidney había llegado muchos días tarde a casa, al apartamento oscuro y a un dormitorio con la puerta cerrada, sólo para ducharse, cambiarse de ropa y volver al trabajo.

Recordó las palabras de Ava, diciendo que lo que habían tenido no había sido más que sexo.

A esas alturas, se había olvidado por completo del trabajo. Había sorprendido a Ava en más de una ocasión mirándolo con deseo cuando se cruzaban por las mañanas, justo antes de que apartase la vista. También lo deseaba.

Y él estaba cansado de esperar a que lo admitiese.

—Tenemos que estar en la sala de juntas en diez minutos.

Sorprendido, Cal se giró y vio a Victor en la puerta con una carpeta debajo del brazo. Se sintió molesto. «Daría lo que fuera por estar en cualquier parte, menos aquí». En Jindalee. Con Ava. Algo extraño se apoderó de él: pánico, frustración y arrepentimiento mezclados.

Se levantó a regañadientes.

—Ahora voy.

—Es un placer verlos, señor Prescott, señorita Reilly. Casi todos sus invitados han llegado ya.

Sin dejar de sonreír, el portero les abrió las enormes puertas del salón de fiestas del hotel Observatory. Pronto se vieron envueltos en una fiesta en plena marcha. Ava notó que los miraban de reojo mientras Cal la conducía por el salón, que estaba decorado de manera impecable.

Luego, le presentó con aplomo a una docena de personas de las que Ava no se acordaría después de aquella noche. No obstante, no

dejó de sonreír en ningún momento y contestó con genuina alegría a la multitud de felicitaciones.

Durante semanas, había ido perfeccionado la farsa hasta que había conseguido ignorar los pequeños seísmos que golpeaban su cuerpo cuando Cal la tocaba, cuando la agarraba del brazo con naturalidad, le daba la mano o le daba un beso en la mejilla.

La noche fue transcurriendo. Victor le dio formalmente la bienvenida a la familia, Cal habló también y un par de espontáneos hicieron comentarios. Entonces se atenuaron las luces y la música empezó a sonar. Era una música muy sensual, energética, que a ella le retumbaba en las sienes, y la gente empezó a ir hacia la pista de baile.

Por primera vez en toda la noche, se quedó sola, con un vaso medio vacío de sidra en la mano, observando a Cal, que estaba hablando con una morena muy maquillada que llevaba un vestido negro ajustado.

—¿No bailas? —le preguntó Victor, apareciendo detrás de ella.

Ava negó.

—La verdad es que me duele la cabeza.

—Vaya —comentó él, preocupado.

Pero Ava no se dejó engañar por su amabilidad. Sus ojos eran demasiado calculadores. Cal tenía exactamente la misma mirada. El corazón se le aceleró.

—¿Quieres una aspirina? —le preguntó Victor, llamando a un camarero.

—No, gracias. Seguiré sufriendo un rato más.

Victor siguió su mirada, hasta donde estaba Cal, todavía hablando.

—Cal odia estas cosas, pero, por ti, las soporta.

—¿Perdón?

Victor volvió a mirarla.

—Ha estado cortejando a la prensa desde que anunciasteis el compromiso y se ha asegurado de que os inviten a una docena de fiestas a las que, normalmente, no habría querido ir. Además, está dedicando muchas horas de trabajo a tu fallido negocio. Está descentrado y creo que es por ti —bajó la vista al estómago—. Y por el bebé.

Ava sintió que le quemaba la cara.

—¿Cómo…?

—Me lo ha contado él. Y dado el tipo de hombre que es, no me sorprende que te propusiese que os casaseis. No obstante, tienes que ser consciente de sus obligaciones y responsabilidades. Dime, ¿sabes

cuánto gana?

Ava negó con la cabeza.

—Nunca lo he pensado.

—Más de seis mil dólares al minuto. Ahora, piensa en el tiempo que está gastando en tu negocio. Tiempo que no está trabajando en VP. VP Tech es su vida.

Algún día, la empresa será suya y necesitará que su esposa lo apoye —arqueó las cejas, muy serio—. Una esposa que no le pida cosas poco razonables, que entienda el tiempo y el compromiso que implica una empresa de semejante calibre.

—Como Isabelle.

El rostro de Victor se suavizó un momento, antes de que volviese a ponerse la máscara.

—Exacto.

Ava se sintió de nuevo como en *Gum Tree Falls*. Aunque no había comparación.

Victor la hacía parecer tan inadecuada… Se frotó las sienes con fuerza.

—Yo no…

—Estás muy pálida, Ava. ¿Te encuentras bien? —preguntó Cal, que, de repente, estaba a su lado.

La agarró de la mano y se volvió hacia Victor enfadado—. ¿Qué le has dicho?

—Nada, Cal —respondió ella, poniéndole la mano en el brazo—. Sólo me duele un poco la cabeza.

—¿Quieres que nos marchemos?

A su alrededor, la fiesta estaba en plena ebullición y el aire caliente y la música alta empezaron a metérsele en la cabeza.

«Te quiero a ti».

Asintió, incapaz de mirarlo a los ojos por si él leía en los suyos su desesperación.

Poco después estaban sentados en la limusina, pero Ava no podía olvidarse de la conversación que había tenido con Victor.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada.

Cal la observó en silencio, un silencio que minó su determinación. Ava sintió que tenía que decir algo.

—Quiero darte las gracias por Jindalee… Es mucho más de lo que nunca habría soñado, pero tienes otros compromisos y yo no pretendía alejarte de ellos.

Los músculos del rostro de Cal se pusieron tensos.

—Así que te ha echado el discurso acerca de que el tiempo es

dinero.

—Lo siento.

Él miró por la ventana mientras volvían a Castlereagh Street.

—¿Por qué? Victor siempre ha sido un adicto al trabajo muy exigente.

—¿Y por qué…?

—¿Sigo allí? A veces yo también me lo pregunto.

—Tal vez no sea asunto mío, pero hay algo que no va bien entre vosotros.

Volvió a mirarla, su expresión era indescifrable.

—¿Y tú eres la experta en armonía familiar?

El comentario le hizo daño.

—Sé cuándo hay que hablar de algo, y no ignorarlo.

—Victor no habla. Sólo le preocupa dar el salto a Europa.

Entonces llegaron al edificio de Cal y Ava no pudo responder.

El ambiente era tenso en el ascensor. Ava deseó tener valor para decir miles de cosas, pero sólo la idea de romper aquel incómodo silencio la hacía sudar. Así que se mantuvo en silencio.

Una vez dentro del ático, vio cómo Cal se quitaba la chaqueta antes de entrar en la cocina. Allí, sacó un vaso de *whisky* del lavaplatos y murmuró algo entre dientes.

—¿Qué pasa? —le preguntó Ava.

—Que a veces me pregunto cómo lo soporta mi madre. Es evidente que no es lo primero en su vida.

Ava sonrió, recordó la noche que había conocido a los Prescott.

—Eso no lo sabes. Se quieren de verdad.

—Sí. Ella también quería a mi padre, pero él se negó a casarse. Luego se marchó, la destrozó.

—¿Alguna vez se puso en contacto contigo?

Cal apartó la mirada.

—No. Victor lo buscó cuando se casó con mamá, pero había muerto en una pelea unos años antes.

Ava se dio cuenta de que se ponía tenso y, de repente, dejó de darle miedo hablar.

—Tu padre, el biológico, tenía defectos.

Él rió con amargura.

—¿Llamas defecto a abandonar a su novia y a su hijo de seis años?

—No pretendo defenderlo…

—Entonces, ¿qué estás haciendo? —le preguntó con furia, frustración e ira.

—Quiero decir que todos somos humanos. Todos cometemos

errores.

—Entonces, ¿por qué no te perdonas a ti misma por la muerte de tu hermana?

Ava respiró hondo.

—Eso es diferente.

—No, no lo es. Eras joven, cometiste un error.

—¡Y lo pagué con la vida de Grace! —gritó, sorprendiéndolos a ambos.

—¿No crees que ya te han culpado de demasiadas cosas?

Ava cerró los ojos. Cal era capaz de leerle la mente, de llegar a su corazón.

—Y si tu padre no se hubiese marchado, tu madre jamás habría conocido a Victor. Y tú no habrías creado algo tan increíble. VP Tech ha hecho llegar la tecnología a todos los colegios de Australia, incluso a los pueblos más perdidos.

—Entonces, ¿todo se debe al destino?

—Igual que Melissa.

Cal levantó la cabeza y juró cuando se le cayó el vaso al fregadero. Con cuidado, recogió los trozos de cristal y los tiró a la basura.

—Claro. Por eso no puedes culparla de que fingiese estar embarazada para que me casase con ella.

De pronto, Ava lo entendió.

—¿Es ése el motivo por el que…? —levantó la barbilla—. ¿Por eso no confías en mí?

Cal, estaba tenso y muy enfadado con Victor, con su constante excitación y con aquellos sentimientos encontrados, pero su pregunta lo tranquilizó.

Ava miró hacia el suelo. La máscara de la prometida perfecta había desaparecido de su rostro. Era evidente que estaba a punto de venirse abajo. La vio parpadear y se preguntó horrorizado si iba a llorar. ¿Por culpa suya? La idea lo avergonzó.

—¡No!

Ella lo miró, sin moverse, casi como si estuviese conteniendo la respiración.

Él tenía un nudo en el estómago. No quería ser como Victor, incapaz de expresar sus sentimientos. Tampoco quería ser como el padre de Ava.

Miró el vientre de ésta y volvió a sentirse invadido por la incredulidad, se sintió vulnerable.

—A Melissa le encantaban las atenciones y el dinero. No me… —«quería». Se mordió la lengua y recogió otro trozo de cristal. No

podía decir eso, no podía exponerse tanto—. Me mintió para entrar en mi familia. No cometeré el mismo error dos veces.

—Cal… —Ava hizo una pausa para sopesar sus siguientes palabras. Su ex había hecho más que mentirle, había jugado con sus sentimientos. Y le dolía que él pensase que ella era igual—. Nunca pretendí chantajearte, pienses lo que pienses.

A pesar de que el corazón le latía a toda velocidad, lo miró a los ojos. «Necesito que me creas».

—Te creo, Ava.

Ella respiró por fin y sintió que la tensión de los hombros desaparecía, cerró los ojos. Un instante después, sintió los dedos de Cal en su mejilla y los abrió.

Se había acercado a ella y le estaba metiendo un mechón de pelo detrás de la oreja. A Ava se le volvió a acelerar el corazón, en esa ocasión de deseo.

—Cal…

Él detuvo el movimiento de su mano y la miró a los ojos. Ava vio deseo en ellos y, en ese momento, su corazón levantó el vuelo. Podía haber hecho una docena de cosas: apartarse, detenerse a analizar lo que estaba haciendo, lo que significaba aquello, pero, en su lugar, aprovechó la oportunidad sin dudarlo.

Se echó hacia delante y lo besó.

Lo hizo con la boca cerrada, con timidez. Fue un beso que olía a cautela y a miedo a ser rechazada, pero cuando se apartó, vio que su rostro no reflejaba ninguno de sus miedos. En los ojos de Cal sólo había peligro, como si hubiese tentado demasiado a la suerte. Aquello le hizo sentir un escalofrío.

Miedo y deseo mezclados. Era gracioso, cómo ambas emociones eran capaces de paralizarla. Esperó a que él diese el siguiente paso casi sin respirar.

A Cal le había dado un vuelco el corazón. Se dio cuenta de que Ava habría sido capaz de destrozarlo sólo con mirarlo con aquellos brillantes ojos azules.

Una ola de deseo corrió por su sangre. Había pasado demasiado tiempo. Casi había contado los días, las horas desde que la había tenido debajo de su cuerpo.

Le tendió una mano.

—Ven conmigo.

Y Ava lo siguió.

Su suerte estaba echada.

Cal no recordaba haberla desnudado, pero debía de haberlo hecho, porque Ava estaba tumbada en su cama, desnuda, con las

manos detrás de la cabeza. Con sus exuberantes pechos esperando a ser acariciados.

—Cal… —lo llamó. Su voz denotaba excitación. Sonrió con languidez.

Él no tardó en acercarse. Gimió al ponerse encima de ella y acariciar su piel cremosa. Era perfecta, desde la curva de sus mejillas hasta las bonitas piernas. Era una mujer de bandera. Y era toda suya.

Apoyó la palma de la mano en su vientre redondeado y se lo acarició antes de darle un beso en el ombligo.

Ava no pudo evitar sacudirse por dentro, fue un temblor que invadió no sólo su cuerpo, sino que sepultó también su corazón en una ola de emoción. «Cal, te quiero».

Cerró los ojos al notar que él le acariciaba el vientre con los labios.

Luego, bajó más y ella arqueó la espalda.

—Ábrete a mí.

Fue más una orden que una súplica, pero ella lo hizo.

Cuando la boca de Cal tocó la parte más íntima de su cuerpo, un escalofrío la recorrió, hasta llegar al corazón, que empezó a latirle muy deprisa.

Cal le hizo el amor muy despacio, a lametazos, con la lengua y con los labios, concentrado en su olor, en su sabor. Quería darle más, mucho más, pero cuando ella empezó a balancear las caderas, la desesperada necesidad de estar en su interior lo poseyó y la hizo incorporarse.

Ella protestó al principio, pero gimió de satisfacción cuando la penetró.

Y mientras le hacía el amor, Cal se dio cuenta de que por fin había llegado a casa.

Capítulo Diez

—Enhorabuena. Ya está —gruñó Victor.

Estaban en la pequeña antesala de la catedral, esperando a que llegase la novia.

Dentro, un montón de invitados esperaban sentados, hablando en murmullos.

Médicos, abogados, promotores inmobiliarios, lo mejor de la alta sociedad de Sidney, pensó Cal. Todas las personas que tenían negocios con VP Tech estaban allí, incluso aquéllos a los que él casi no conocía. Por su parte, los invitados de Ava sólo ocupaban dos bancos.

Fuera, la calle había sido acordonada para evitar un inevitable atasco, pero eso no había impedido que la gente se acercase a mirar, obligando a la policía local a establecer un control.

Cal se ajustó la corbata, perfectamente anudada, con nerviosismo, algo poco habitual en él. Mediante un acuerdo mutuo, tácito, habían decidido que Sidney era sólo para los negocios: él trabajaba en VP Tech y ella concedía entrevistas, se hacía fotos, organizaba la boda.

Por otro lado, Jindalee era su vergonzoso placer. Cuando observaba las obras desde el porche, su sonrisa de satisfacción sólo se veía eclipsada por la de Ava.

Hacían el amor en su cama y, después, en la oscuridad, él le acariciaba el vientre y hablaba con su futuro hijo. Ava no mencionaba el pasado ni sacaba el tema del futuro y Cal lo dejaba pasar, prefería disfrutar de cada momento que pasaban juntos.

Ese día, Ava iba a convertirse en su esposa. Eso era lo único que importaba. Y a partir de ese día, él…

—¿Me has oído? —le preguntó Victor.

—Te he oído.

Cal llevaba semanas conteniéndose, pero estaba a punto de estallar.

«Ahora no, hoy no», se dijo.

Se giró con brusquedad y vio a su madre a través de la puerta abierta. Guapa y elegante, con un vestido azul y un pequeño sombrero, daba la bienvenida a los invitados desde la entrada, con una amplia sonrisa.

Él sonrió, pero dejó de hacerlo cuando Victor cerró la puerta.

—Últimamente has estado distraído, descentrado —continuó éste, con el ceño fruncido—. Si tienes dudas…

Cal se miró en el largo espejo de estilo barroco que tenía delante y se estiró las mangas.

—Es un poco tarde para eso, ¿no?
Victor suspiró.
—Mira, fue…
—Ya no me importa.
—Eso es evidente.
Cal miró a Victor a través del espejo. Vio sarcasmo mezclado con una extraña culpabilidad en su rostro.
—Tenemos de hablar.
—¿De qué? —le preguntó.
—Del futuro de la empresa.
Cal soltó una carcajada.
—Voy a casarme. Ava va a tener un hijo mío. ¿No te parece suficiente?
—Tengo un tumor cerebral.
De pronto, se detuvo el mundo.
—¿Qué?
—Un tumor cerebral, lento, que al parecer, es lo mejor. He estado viendo a un especialista suizo, que ahora me recomienda que me opere. Es una operación complicada, que tiene sus riesgos, pero confía en que pueda salir bien. Es la semana que viene.
—¿Lo sabe mamá?
Victor asintió brevemente.
—Quería contártelo desde hace semanas, pero…
—¡Tenías que habérmelo contado! ¡Por favor! —Cal sintió ira—. ¿Y qué vas a hacer con…? —dejó la pregunta sin terminar y se ruborizó—. Así que allí es adonde has estado viajando. ¡Y por eso me pedías que me casase! Eres un hijo de…
—Vas a tener un hijo y VP Tech. Dime qué pierdes tú en esto.
Cal apretó los dientes. Nunca había tenido tantas ganas de pegar a otro hombre, enfermo o no.
—No tenías que haberme mentido.
—No te mentí. No te lo conté todo. Te conozco, Cal. Necesitabas un incentivo.
Quería que te comprometieses…
—Tonterías. Sabías que la empresa era mi vida, mi prioridad.
—¿Era? —preguntó Victor, frunciendo el ceño.
—Ya sabes lo que quiero decir. Y no cambies de tema.
Victor se cruzó de brazos.
—Quería que te centrases.
Cal tomó aire, intentó controlar su furia.
—¿Así que te dicen que te puedes morir y tú decides que tengo que casarme?

Victor se ruborizó y apartó la mirada.

—Un hombre piensa muchas cosas cuando se tiene que enfrentar a la muerte.

Ambos guardaron silencio durante unos segundos.

—¿En algún momento tuviste la intención de dejarle la empresa a Zac? —le preguntó Cal por fin.

—Sabía que tú no me fallarías. Zac no ha respondido al teléfono desde que se marchó. Lo sabrías si lo hubieses llamado.

—Así que no va a venir a la boda.

—Ha rechazado la invitación. Ese muchacho es demasiado testarudo.

—Como su padre.

—O como su hermanastro. Me he hecho a la idea de que Zac no volverá a hablarme nunca más, pero vosotros deberíais hacer las paces antes de que me muera.

Cal frunció el ceño.

—No seas tan morboso. No vas a morirte —le dijo.

—No tengo planeado hacerlo pronto. Y tu madre sólo quiere verte feliz…

—No me digas que ella también estaba al corriente de tu pequeño plan.

—Al principio, no —contestó Victor, un tanto incómodo.

—Estupendo. Es estupendo —Cal se pasó la mano por el pelo recién cortado.

Alguien llamó a la puerta, pero hicieron caso omiso.

Victor se estiró las mangas y se aclaró la garganta.

—Ahora que te lo he contado, necesitaré tu firma la semana que viene para terminar los papeles.

Cal lo miró fijamente.

—¿Qué? —preguntó su padrastro.

—Que estaré de luna de miel.

—Claro. Siete días.

—No, diez.

—Tenemos una reunión con el departamento de Educación el mes que viene — dijo Victor, mirando hacia la puerta. Habían vuelto a llamar.

—Lo siento. No puedo.

—¿Por qué no? Después de hoy, la empresa será tuya. Es lo que siempre habías querido. Será tu prioridad. Habrá mucho trabajo, por supuesto, pero eso no es nuevo.

Tu mujer lo entenderá.

Cal fue hacia la puerta en estado de gran agitación. Llevaba toda

la vida cumpliendo con sus responsabilidades, había dado el doscientos por cien para ganarse la aprobación de Victor. Siempre había jurado que no se iría y eso había pesado en todas sus decisiones. Y a causa de eso, había apartado a su hermanastro de su vida, una decisión por la que nunca había terminado de perdonarse, una decisión que había pensado enmendar ese día.

Pero Zac no había ido.

Cal había ganado el premio, pero ¿a qué precio? Victor le había mentido, manipulado, y él había respondido haciéndole lo mismo a Ava. Sí, Victor había tenido sus motivos, pero eso no significaba que tuviese razón.

Se dio cuenta de que se había centrado tanto en su trabajo, que se le estaba pasando la vida sin darse cuenta. Se había convertido en Victor, y lo odiaba.

De pronto, todo se aclaró. Apretó la mandíbula y abrió la puerta.

—Me chantajeaste para que me casase, cuando no quería hacerlo. Pero, ¿sabes qué? Que ya no me importa. Voy a casarme hoy…

Victor se puso tenso.

—Cal.

—… y puedes meterte tu empresa…

—¿Cal?

Él se volvió hacia la voz temblorosa que lo había llamado y vio a Ava, que era quien había estado llamando a la puerta. Estaba preciosa, pero él sólo se fijó en su expresión. Parecía angustiada.

La vio dar un paso atrás, sacudir la cabeza.

—¿Es verdad? ¿Tú…? —su mirada, llena de pánico, se volvió hacia Victor—.

¿El…?

—Será mejor que nos tranquilicemos —empezó Victor, pero Cal se puso delante de ella para apartarlo de su vista.

—No es lo que piensas.

—¿Pero es verdad?

Él asintió de manera breve, pero fue suficiente para destrozarla. No obstante, Ava enseguida se recuperó y su expresión se hizo dura, de ira. Alarmado, Cal alargó la mano, pero ella lo detuvo.

—No. Pensaba que este bebé era importante para ti, que yo era importante. Pero es evidente que tu prioridad es tu maravillosa empresa.

—No, espera un minuto —la interrumpió Victor, pero ella lo fulminó con la mirada, haciéndolo callar.

Tenía agallas, su Ava. No había muchas personas capaces de

hacer callar a Victor Prescott.

Con expresión de asco, retrocedió. Cal buscó, desesperado, algo que decir, algo que la detuviese.

—Perderás Jindalee.

Eso la apartó todavía más de él. Lo miró con una mezcla de dolor y pena y siguió retrocediendo.

—Si crees que es lo único que me importa, entonces es que no me conoces nada.

Cal avanzó hacia ella, que había atravesado las puertas de la capilla corriendo.

Isabelle se había quedado boquiabierta al verla pasar por su lado.

Cal la siguió. Podía arreglarlo. Podía volver a hacer que Ava lo mirase con amor en vez de con horror.

Se detuvo en el camino. Ella estaba delante del coche blanco que la había llevado a la iglesia.

—Ava. Por favor, deja que te explique…

—Cal… —había tanto dolor en su voz que él tuvo miedo.

Ava se giró y en su rostro pálido había tanto temor, que a Cal se le subió el corazón a la garganta. Ella se llevó las manos al vientre, abrió mucho los ojos.

—El bebé —gimió—. Cal, ¡el bebé!

Él llegó justo a tiempo para sujetarla.

—Pareces un muerto viviente.

La suave voz de Isabelle interrumpió sus sombríos pensamientos y Cal levantó la vista. A su lado, en la cama, estaba Ava, que llevaba doce horas durmiendo. Doce horas en las que él había pasado por todo tipo de emociones: desdén, arrepentimiento, odio a sí mismo. Doce horas en las que había rezado más que en toda su vida. «Por favor, que viva. Y el bebé, también».

No le sorprendía tener mal aspecto.

—El médico ha dicho que los dos van a estar bien —le dijo Isabelle.

Él asintió y se pasó una mano por la barbilla. Le faltaban las palabras.

Cuando su madre lo abrazó, se agarró a ella con fuerza y permitió que lo balancease suavemente, como cuando era un bebé.

—Están bien, Cal —susurró Isabelle—. Están bien y me alegro mucho por ti.

Luego lo soltó y se limpió los ojos con un pañuelo.

—Victor está fuera —añadió—. No sabía si querrías verlo después de… bueno —sacudió una mano, dando por hecho el resto.

—Te has enterado.

—Victor me lo ha contado. Tiene una manera muy enrevesada de demostrártelo, pero te quiere. No se siente orgulloso de haberte decepcionado. Dale un respiro, los dos hemos estado muy asustados. ¿Te imaginas cómo está desde que sabe que tiene el tumor? —hizo una pausa—. Estuvimos varias semanas hablando, de la vida, de la familia, de Zac. Ambos sabíamos que tú no eras feliz desde hacía un tiempo. Yo pensé que necesitabas amor y él, que tu trabajo no era lo suficientemente estimulante.

Cal sacudió la cabeza y rió con ironía.

—¿Cal?

La voz ronca de Ava hizo que se pusiese de pie de un salto. Casi no se dio ni cuenta de que su madre se marchaba, ya que toda su atención estaba en la cama.

Ava se llevó la mano al estómago, había pánico en su mirada.

—El bebé…

—Él está bien —le aseguró él, dándole la mano—. Y tú también.

—¿Él?

Cal asintió, estaba demasiado impresionado para hablar.

—Vamos a tener un niño —la miró a los ojos—. Dios mío, Ava… tú… yo… —se le quebró la voz y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. Avergonzado, fue a limpiárselas, pero Ava le agarró la mano, tenía el ceño fruncido.

—Cal… ¿te he oído rezarle a Buda?

Él soltó una risa nerviosa, insegura.

—Sí.

—¿Y a Dios y a Alá y… a Zeus?

—Quería asegurarme de que llegaba el mensaje.

—¿Por mí?

—No quería perderte. Ni al bebé tampoco. Ava… —respiró hondo—. Siento no habértelo contado. No pensé que fuese necesario. De todos modos, ibas a casarte conmigo y… maldita sea.

Ella le apretó la mano.

—Lo entiendo, Cal. No pasa nada.

—No, claro que pasa. Una omisión sigue siendo una mentira. Yo… —dudó—.

Te quiero, Ava.

Ava tomó aire, cerró los ojos, casi como si le doliera. Cal esperó, con los nervios de punta. Entonces vio cómo una lágrima corría por su mejilla antes de que volviese a abrir los ojos.

—Yo también te quiero, Cal, pero… ¿cómo va a funcionar este matrimonio?

Quiero estar contigo, porque te quiero, pero tu vida en VP Tech no va conmigo.

—Cariño, no quiero la empresa. Te quiero a ti.

—Pero yo pensaba… —empezó ella, con expresión confundida.

—Sí. Al principio quería casarme contigo para conseguir la empresa, pero las cosas han cambiado. Yo he cambiado. Estoy enamorado de ti y no quiero VP Tech.

Quiero una vida. Contigo.

A Ava empezó a darle vueltas la cabeza.

—¿Ava? Estás en estado de shock.

—No… sí… —el corazón le latía con fuerza. Aquello era mucho más de lo que había esperado, de lo que había querido.

—Asiente si puedes oírme —dijo Cal en voz baja.

Ella asintió.

—¿Me quieres?

Asintió.

—¿Quieres casarte conmigo?

Asintió.

—¿Te parece bien que nos casemos en marzo en Jindalee?

Asintió.

Él sonrió.

—Voy a darte un beso.

Ava consiguió por fin respirar.

—Espera. ¿Significa esto que Zac se quedará con la empresa?

—¿Qué pasa? ¿No quieres casarte con un hombre sin trabajo? —bromeó él con los labios muy cerca de los suyos.

Ava sonrió.

—Deberías llamarlo. Está enfadado con Victor, no contigo.

—Tenía pensado hacerlo, pero antes quiero besarte, así que cállate.

—Sí —dijo ella justo antes de que sus labios la tocaran.

Epílogo

—Bueno, ¿qué te ha dicho Zac? —preguntó Ava desde la puerta de la habitación.

Cal tiró el teléfono encima del sofá y cruzó la habitación en dos zancadas. Al llegar a su lado, vio que el sol que entraba por la ventana la bañaba con sus rayos rojos y dorados, haciendo brillar su pelo recién lavado, iluminando su vientre redondo.

Suspiró, despacio, temblando.

—Dios, eres preciosa.

No se cansaba nunca de ver cómo se ruborizaba. Cuando alargó la mano para acariciarle el vientre, sus ojos se encontraron.

Ava levantó la barbilla y le dio un beso en los labios. Luego, se apartó.

—¿Qué te ha dicho Zac?

Cal gimió y la abrazó con fuerza.

—Está bien. Zac no podía creer que Victor hubiese dejado VP Tech, ni que yo hubiese renunciado a mi puesto.

—¿Pero lo va a aceptar él?

—Eso todavía no está claro. Va a venir el viernes a Sidney para arreglarlo todo.

—¡Eso es estupendo! —Ava dio un paso atrás—. Seguro que arregla sus diferencias con Victor y…

—Futura esposa —gruñó él, atrayéndola contra su cuerpo—, ¿quieres seguir hablando de Zac y Victor o prefieres que te quite la ropa y que te bese por todo el cuerpo?

—Ah…

Ava tragó saliva, se derritió. La mirada de deseo de Cal hizo que le ardiese todo el cuerpo. Notó su erección, prueba de que él también la deseaba. Aunque, sobre todo, la quería. Y se lo demostraba todos los días, no sólo con regalos, sino con miradas, caricias. Y por las noches, después de hacer el amor, le acariciaba el vientre, henchido ya de nueve meses de embarazo y le hablaba a su hijo con tal adoración que hacía que se le saltasen las lágrimas.

—Tengo algo para ti —le dijo Cal sonriendo.

Ella parpadeó, intentando contener la emoción.

—Cal, de verdad. No tienes que comprarme nada. Tengo más que suficiente ropa y joyas… ¿Qué es?

Lo vio sacarse un trozo de tela negra del bolsillo de la chaqueta y sonreír.

—¿Esas son…?

—Las braguitas de satén negro que llevabas la primera noche que pasamos juntos. ¿Quieres probártelas?

—Seguro que ya no me sirven.

—Supongo que no.

—¡Cal!

Ava le dio un puñetazo en el brazo y él rió antes de abrazarla. Ambos cayeron con cuidado en la cama. Entonces, Cal se puso serio. Muy despacio, entrelazó sus dedos con los de ella y los colocó detrás de su cabeza.

—Te quiero, futura esposa.

Ava no se cansaría nunca de oír aquellas palabras, que la

llenaban de amor y hacían que se le formase un nudo en la garganta de la emoción.

—Y yo a ti, futuro marido.

Y dicho eso, empezó a demostrárselo con todo su cuerpo y todo su corazón.